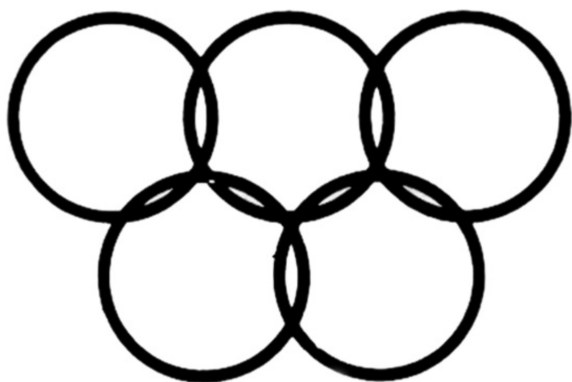


DUELO ENTRE DELFINES

Joseph Berna



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

JOSEPH BERNA

DUELO ENTRE DELFINES

Colección
DOBLE JUEGO n.º 13
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN: 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 15.514 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1982
1.ª edición en América: diciembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

En la piscina cubierta del Sport Club, de la ciudad de Los Ángeles, iban a competir los equipos de natación del mencionado club y del Aquatic Club, también de la hermosa ciudad californiana.

Existía una gran rivalidad entre ambos clubs.

La última vez que compitieron fue en las instalaciones del Aquatic Club y resultó vencedor el equipo de este, que contaba con un nadador realmente excepcional, perfecto dominador de todos los estilos.

Se llamaba Mark Bixby, tenía veintisiete años de edad, y era un atleta completo. Alto, fuerte, musculoso, resistente... Reunía todas las condiciones para ser un gran campeón.

El equipo del Sport Club también contaba con un magnífico nadador, llamado Jimmy Stamp. Tenía veinticinco años, rozaba el metro ochenta de estatura, y aunque era de complexión más bien delgada, poseía una espalda ancha y unos hombros fuertes.

En el anterior enfrentamiento, Jimmy Stamp inquietó muy seriamente a Mark Bixby, obligándole a emplearse a fondo en todas las pruebas en las que ambos intervinieron, para no verse rebasado.

Mark Bixby venció en todas ellas, pero aquel día quedó bien claro que le había surgido un serio rival con Jimmy Stamp, y que Mark Bixby no debía descuidar sus entrenamientos si quería derrotar a Jimmy Stamp en la próxima confrontación.

Jimmy Stamp, desde luego, no descuidaba los suyos.

Diariamente se entrenaba en las instalaciones del Sport Club, a las órdenes de Bud Meeker, el preparador del equipo, un hombre maduro y experto, para quien el deporte de la natación no tenía secretos.

Bud Meeker confiaba plenamente en Jimmy Stamp.

Estaba seguro de que podía hacer de él un gran campeón, y le cuidaba y le aconsejaba como si fuera su padre, más que su entrenador.

El joven se lo agradecía de verdad, porque no tenía padre. Ni madre.

Los dos habían muerto hacía ya algunos años. Jimmy estaba solo.

Bueno, no del todo, pues tenía a Stella Horton, una preciosa muchacha de veintidós años, rubia, con los ojos azules.

Stella Horton era la novia de Jimmy Stamp.

Hacía algo más de un año que se habían prometido.

Stella era, ni que decir tiene, la más ferviente y entusiasta animadora de Jimmy, cada vez que este participaba en una carrera, y durante el desarrollo de la última competición llegó a tirarse del pelo con Connie Nadel, la novia de Mark Bixby, tras una acalorada discusión, en la que las dos se llamaron de todo.

Connie Nadel tenía veintitrés años, y era una pelirroja sumamente atractiva, de acusadas formas, que ella se encargaba de destacar vistiendo siempre prendas muy ajustadas.

Para muchos, Connie era una descarada. Para Stella era mucho más que eso.

¿Volverían a discutir y a tirarse del pelo en esta ocasión…?

No parecía probable, pues se habían sentado en graderíos opuestos. El recinto deportivo se hallaba repleto de público.

Los directivos del Sport Club, para evitar discusiones y posibles peleas, habían dispuesto que los simpatizantes del Aquatic Club ocupasen el graderío de la derecha, y los del Sport Club el graderío de la izquierda.

Una medida tan prudente como acertada, pues los ánimos estaban muy exaltados, tras la apurada victoria del equipo del Aquatic Club en la última confrontación.

Los seguidores del Sport Club sabían que Jimmy Stamp se había entrenado a tope desde la última competición, logrando rebajar sus tiempos en todos los estilos, y confiaban en la victoria de su equipo, aunque fuera por los pelos.

Los simpatizantes del Aquatic Club confiaban en una nueva victoria de su equipo, lógicamente, aunque no las tenían todas consigo. Recordaban que Mark Bixby tuvo que esforzarse al máximo para no verse superado por Jimmy Stamp, y si era cierto que este había conseguido rebajar sus tiempos en todas las modalidades…

Los más se decían que no, que solo se trataba de una argucia de

sus rivales, para ponerlos nerviosos a ellos, a Mark Bixby, y a todo el equipo entero.

En el fondo, sin embargo, albergaban el temor de que fuera cierto. De ahí su nerviosismo.

Muy pronto saldrían de dudas, pues las pruebas iba a dar comienzo de un momento a otro.

Ambos equipos habían aparecido ya en el recinto deportivo, caminando en fila india. Al frente del grupo de nadadores del Aquatic Club, iba Mark Bixby, su máxima estrella, mientras que Jimmy Stamp comanda la formación del Sport Club.

Los dos equipos fueron recibidos con una gran salva de aplausos y numeroso gritos de aliento, que cada bando dedicaba a su equipo favorito.

Connie Nadel se puso en pie, formó una especie de megáfono con sus manos, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Animo, Mark…! ¡Eres el mejor!

Mark Bixby sonrió y saludó a su novia con la mano.

Stella Horton saltó de su asiento como impulsada por un resorte y, formando también megáfono con sus manos, chilló a pleno pulmón:

—¡Demuestra que el mejor eres tú, Jimmy!

Jimmy Stamp lo oyó y le dedicó una sonrisa a su novia, al tiempo que levantaba la mano.

—¡Esa chiflada no sabe lo que dice! —gritó la pelirroja Connie.

—¡La chiflada lo será tu abuela! —replicó Stella, furiosa.

Las dos muchachas se miraron por encima de la hermosa piscina de cincuenta metros de longitud, con las ocho calles dispuestas para recibir a los nadadores.

Si llegan a estar más cerca la una de la otra, Stella y Connie se hubieran agarrado otra vez del pelo, pues se estaban electrocutando mutuamente con los ojos.

Los equipos se hallaban ya frente a las plataformas de lanzamiento.

La primera prueba que se iba a disputar era la de los 100 metros libres, según se anunció por los altavoces de la piscina cubierta.

Cada equipo estaba formado por diez nadadores, y presentaba a los cuatro más veloces, porque aquella prueba no era de resistencia, sino de velocidad, y los hombres idóneos para disputarla era los de

brazada rápida y poderosa, no los de mejor fondo físico, que estaban reservados para las pruebas de 400 metros libres y 1.500 metros libres.

Por los altavoces se dieron los nombres de los cuatro nadadores que presentaba cada equipo en la prueba de los 100 metros libres que, por ser la más corta, era también la más emocionante.

Cuando sonó el nombre de Mark Bixby, los seguidores del Aquatic Club le dedicaron una estruendosa ovación, que ahogó literalmente los silbidos que le dirigieron los simpatizantes del Sport Club.

Cuando el presentador de las pruebas pronunció el nombre de Jimmy Stamp, ocurrió a la inversa. Los seguidores del Sport Club le ovacionaron con fervor, y los simpatizantes del Aquatic Club le dedicaron silbidos y abucheos, que también quedaron prácticamente ahogados por la tremenda ovación de los primeros.

Esto no extrañó a nadie.

Era propio de la rivalidad existente entre ambos clubs, y siempre sucedía así, tanto si se celebraban las pruebas en las instalaciones del Sport, como si se celebraban en las del Aquatic Club.

El juez de la competición indicó a los ocho participantes que se preparasen para la salida.

Los nadadores subieron a las plataformas de lanzamiento, en donde realizaron algunos movimientos de brazos y piernas, para relajar sus músculos.

Mark Bixby iba a nadar en la calle cuatro, mientras que Jimmy Stamp lo haría en la calle cinco. Era lógico que ellos dos corriesen en las calles principales, por tratarse de los grandes favoritos de la prueba, los que mejores tiempos tenían acreditados en los 100 metros libres.

Uno de los dos ganaría la prueba.

Los otros seis participantes, lucharían por el tercer puesto.

Sabían que no podían optar al triunfo ni a la segunda posición, porque todos ellos eran inferiores a Mark Bixby y Jimmy Stamp.

Los dos favoritos se miraron.

Mark Bixby sonrió presuntuosamente y dijo:

—Te voy a ganar de nuevo, Stamp.

—¿Estás seguro, Bixby?

—Absolutamente.

—Muy confiado te veo.
—Sé que soy superior a ti. Y tú también lo sabes.
—Tendrás que demostrarlo, Bixby.
—En cuanto el juez dé la salida.

No pudieron cambiar más palabras, porque el juez de la competición advirtió que iba a hacer sonar su silbato.

Los ocho nadadores arquearon sus cuerpos, estiraron los brazos y flexionaron ligeramente las rodillas.

El silencio, ahora, era absoluto en el recinto deportivo. Y la expectación, máxima.

Todo el mundo, espectadores y participantes, aguardaba tenso el sonido del silbato del juez.

Los nervios traicionaron a Mark Bixby, que se lanzó en solitario a la piscina, sin que el juez hubiera hecho sonar su silbato.

El juez se apresuró a declarar nula la salida, antes de que se lanzasen más nadadores, arrastrados inconscientemente por la falsa salida de la estrella del equipo del Aquatic Club.

Mark Bixby nadó hacia el dique y salió de la piscina, visiblemente contrariado por no haber sabido controlar su tensión.

Los seguidores del Sport Club silbaron sonoramente a Mark Bixby, lo que provocó una inmediata reacción de los simpatizantes de este, que empezaron a aplaudirle para que olvidara su fallo.

Mark Bixby subió de nuevo a su plataforma. Jimmy Stamp sonrió burlonamente.

—Pareces nervioso, Bixby.
—Un fallo lo tiene cualquiera, ¿no? —gruñó Mark.
—Desde luego.
—Voy a vencerte, no lo dudes.
—¿Lanzándote de nuevo antes que yo…?
—¡Vete al diablo, Stamp!

Jimmy rio, pero no dijo nada más.

Instantes después, el juez de la competición hacía sonar su silbato y los ocho nadadores se arrojaron a la piscina.

Esta vez, la salida fue correcta.

CAPÍTULO II

El lanzamiento de Jimmy Stamp había sido mejor que el de Mark Bixby, y ello le permitió tomar la delantera en la prueba. Su ventaja sobre el campeón del Aquatic Club no era mucha, lógicamente, pero en una carrera corta, y estando las fuerzas tan equilibradas, tenía su importancia.

Incluso podía resultar decisiva.

Era lo que pensaban los partidarios de Jimmy Stamp, y por eso rugían, entusiasmados por la magnífica salida de la figura de su equipo. La que más chillaba era Stella Horton, pues se desgañitaba literalmente animando a su novio a conseguir la victoria.

Los partidarios de Mark Bixby también rugían, naturalmente, alentando a su campeón para que diera alcance a su más directo rival y lo rebasara.

Jimmy Stamp y Mark Bixby se habían destacado claramente del resto de las participantes, pero el primero mantenía su ventaja sobre el segundo, a pesar de los esfuerzos que este último realizaba.

Connie Nadel se volvía loca gritando.

—¡Corre, Mark, corre! ¡Ya tienes a Stamp a tu alcance! ¡Pásalo, Mark, pásalo!

—¡No hagas caso, Jimmy! —gritó Stella Horton—. ¡Bixby marcha por lo menos un kilómetro detrás de ti!

Las exageradas palabras de la novia de Stamp hicieron reír a parte del público. La emocionante carrera continuó.

Los primeros cincuenta metros estaban a punto de ser cubiertos por Jimmy Stamp. El excelente nadador tocó el dique de la piscina y dio la vuelta con rapidez y habilidad.

Mark Bixby hizo lo propio.

La distancia que los separaba seguía siendo la misma. Corta, pero importante.

Al ver que los dos favoritos de la prueba nadaban ya de regreso hacia el punto de partida, arreciaron los gritos de aliento de los

seguidores de uno y otro equipo.

Los simpatizantes del Aquatic Club albergaban la esperanza de que, dado su mayor poderío físico, Mark Bixby lograse alcanzar y dejar atrás a Jimmy Stamp, pues parecía lógico pensar que este acusara el terrible ritmo de brazada que desde el principio había imprimido a su carrera.

Esto mismo se temían los simpatizantes del Sport Club, aunque no querían ni pensarlo. Y su temor era compartido por Bud Meeker, el entrenador del equipo, quien no le quitaba ojo a su cronómetro.

En los primeros cincuenta metros de carrera, Jimmy Stamp había batido su propio récord, rebajándolo nada menos que tres segundos.

Ello suponía una alegría para el veterano entrenador, pero también una preocupación, pues temía que su nadador se desfondara en el tramo final de la carrera y se viese superado por su peligroso rival.

Jimmy Stamp estaba dando demasiado de sí, podía verse presa del agotamiento de un momento a otro, aquel ritmo endiablado no podía sostenerse.

¡Nadaba como un delfín!

Lo malo, para los partidarios de Jimmy Stamp, es que Mark Bixby era otro delfín, y tampoco cedía un palmo de terreno.

Un palmo de agua, sería más correcto decir.

Will Aldrich, entrenador del equipo del Aquatic Club, también tenía un cronómetro en las manos y había podido comprobar que Mark Bixby había superado su récord de los cincuenta metros, lo cual le tenía asombrado.

Aunque más asombrado le tenía la forma de nadar de Jimmy Stamp.

Había oído decir que el joven había mejorado su estilo, pero no pensaba que lo hubiese hecho tanto.

En el fondo, Will Aldrich se alegraba, porque los progresos de Jimmy Stamp obligarían, y de hecho estaban obligando ya, a Mark Bixby a superarse a sí mismo.

Buena prueba de ello era que Mark Bixby había rebajado su tiempo de los cincuenta metros, al verse «tirado» por Jimmy Stamp, y rebajaría también sensiblemente su tiempo de los cien metros.

Will Aldrich no temía que su nadador se desfondara, pues de

sobra conocía su fortaleza y su resistencia. En cambio, sí pensaba que Jimmy Stamp acusaría muy pronto su tremendo esfuerzo.

Faltaban apenas veinte metros para la llegada.

Jimmy Stamp seguía nadando como un delfín, pero el otro «delfín» redoblaba sus esfuerzos por alcanzarle, pues se acercaban a la llegada y Jimmy Stamp no se desfondaba. Es más, al ver que Mark Bixby realizaba un último y titánico esfuerzo por darle alcance y rebasarle, Jimmy Stamp hizo lo propio y no solo no se dejó alcanzar, sino que aumentó ligeramente la ventaja que mantenía sobre su tenaz perseguidor.

El asombro de todos cuantos se encontraron en el recinto deportivo, ya no tenía límites. Jimmy Stamp no iba a sufrir desfondamiento alguno.

Iba a ganar la prueba.

Y de forma clara, además.

* * *

Cuando Jimmy Stamp tocó el dique de la piscina se produjo un estallido de júbilo por parte de los seguidores del equipo del Sport Club.

El recinto deportivo tembló, y más de uno temió que el techo se derrumbara a causa del ensordecedor estruendo. Afortunadamente, no ocurrió tal cosa.

Jimmy Stamp quedó agarrado al dique, boqueando como un pez.

Ahora sí acusaba el esfuerzo realizado. Pero ya no importaba.

Había llegado el primero. Había ganado la prueba.

Y logrando un tiempo extraordinario, según confirmó el cronometrador de la calle cinco. Mark Bixby también estaba agotado, tras el terrible esfuerzo realizado tratando, infructuosamente, de dar alcance a Jimmy Stamp. Había conseguido rebajar su récord cuatro segundos, pero ello no le había servido para ganar la prueba.

Jimmy Stamp fue felicitado por su entrenador y por sus compañeros de equipo, mientras su nombre era vitoreado y aclamado por los seguidores del equipo del Sport Club y por el público neutral.

Los simpatizantes del equipo del Aquatic Club, tenían las caras muy largas. Todos habían enmudecido. A ellos les importaba un rábano que Mark Bixby, su campeón, la estrella del equipo, el nadador poderoso e invencible, hubiese batido su propio récord. Lo que querían era su victoria, y Mark Bixby no había sabido conseguirla.

Connie Nadel se había derrumbado materialmente al concluir la prueba.

La derrota de su novio la había dejado fría, desilusionada, sin ganas de nada. Ni siquiera de irse a la cama con él, a pesar de que esto era lo que más le gustaba.

El más contrariado de todos era Gopher Bixby, el padre de Mark.

Se trataba de un tipo grandote y fuerte, de rostro duro, enérgico, muy acostumbrado a salirse siempre con la suya. Había encendido un colosal habano poco antes de que diera comienzo la prueba de los 100 metros libres, para saborearlo mientras presenciaba la victoria de su hijo.

Y, como dicha victoria no se había producido, Gopher Bixby no se había fumado el puro.

¡Se lo había comido a bocados!

Gopher Bixby era un hombre adinerado, gracias a sus negocios poco lícitos. Pero como sabía hacer las cosas bien, nadie podía demostrar que tenía que ver con asuntos al margen de la ley.

Junto a él, flanqueándole, se encontraban Rich Kuter y Andy Lewis, dos matones a sueldo. Solían acompañarle a todos lados. Eran dos guardaespaldas fieles y muy eficaces. Kuter y Lewis también estaban contrariados, lógicamente, por la inesperada derrota del hijo de su jefe.

—Le ha salido un hueso a Mark, señor Bixby —rezongó el primero.

—Sí, eso parece —gruñó Gopher.

—Un hueso muy duro de roer, jefe —dijo Lewis—. Le va a poner las cosas muy difíciles a Mark, si Kuter y yo no intervenimos. Gopher Bixby lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Podemos ocuparnos de Jimmy Stamp. Rich Kuter sonrió.

—No es mala idea, Andy. Le damos un repaso a Stamp y Mark se queda sin rival.

—El jefe tiene la palabra —sonrió también Lewis. Gopher Bixby continuó serio.

Tras unos segundos de reflexión, dijo:

—Es pronto para pensar en tomar esa clase de medidas. Quedan muchas pruebas por disputar, y yo sigo confiando en mi hijo. Ha perdido la primera, es cierto, pero porque tuvo una mala salida. Esa fue la causa de su derrota. Esperemos a ver qué ocurre en las pruebas siguientes. Es posible que Mark logre imponerse a su peligroso rival.

Kuter y Lewis tenían serias dudas al respecto, pero no insistieron, conscientes de que ello molestaría a Gopher Bixby.

En el fondo, Gopher compartía las dudas de sus guardaespaldas, pero su orgullo de padre le impedía confesarlo. Estaba obligado a decir que confiaba en su hijo, aunque veía muy difícil que Mark pudiera vencer a Jimmy Stamp en las pruebas siguientes.

Quien también lo veía muy difícil, era Will Aldrich, el entrenador del equipo del Aquatic Club. A pesar de ello, y con el fin de levantarle el ánimo a Mark Bixby, le decía a este una y otra vez que Jimmy Stamp le había ganado por culpa de su mala salida.

—¿Tú crees, Will?

—¡Estoy seguro!

—No sé. Creo que me ganó porque nadó más deprisa que yo.

—¡No es cierto! Nadasteis los dos al mismo ritmo. Un ritmo endemoniado, tremebundo, maravilloso, que solo los nadadores excepcionales pueden resistir sin desfallecer. Stamp ganó la prueba porque tuvo una magnífica salida, que le permitió adquirir ventaja sobre ti. Si tu salida hubiera sido mejor que la suya, habrías ganado tú la prueba. Stamp no hubiera podido alcanzarte, como tú no pudiste alcanzarlo a él.

Bixby esbozó una ligera sonrisa.

—Creo que tienes razón, Will. Me lancé tarde porque mi primera salida en falso me había puesto nervioso. Pero no temas, no volverá a ocurrir. En la próxima prueba tendré una buena salida, tomaré ventaja sobre Stamp, y la mantendré hasta el final de la carrera.

—¡Así se habla, muchacho! —exclamó Aldrich, satisfecho de haber conseguido levantar la moral de su nadador.

CAPÍTULO III

La segunda prueba de la jornada, fue la de los 400 metros libres, y en ella no participó ninguno de los nadadores que habían tomado parte en la prueba anterior, la de los 100 metros libres.

La razón principal, era conceder descanso a los ocho nadadores que habían disputado dicha prueba. La segunda razón, era que para los 400 metros libres iban mejor los nadadores de fondo, y los entrenadores de ambos equipos presentaban el cuarteto más idóneo para esta clase de pruebas, que serían los mismos que en su momento disputarían la prueba de los 1.500 metros libres.

La prueba de los 400 libres resultó reñida, ya que ninguno de los nadadores logró distanciarse demasiado del resto de los participantes, y hubo emoción hasta el final, consiguiendo la victoria un nadador del equipo del Aquatic Club.

La tercera prueba, era la de los 100 metros espalda.

En ella, por supuesto, iban a participar Mark Bixby y Jimmy Stamp.

Los ocho nadadores se echaron a la piscina, cada cual en su calle correspondiente, y se agarraron a las plataformas de lanzamiento. Con las piernas muy encogidas y los pies apoyados en el dique de la piscina, para tomar el mayor impulso posible en la salida, aguardaron a que el juez de la competición hiciese sonar su silbato.

Mark Bixby y Jimmy Stamp se miraron un instante.

—Suerte, Bixby —deseó Jimmy, tranquilo y risueño.

—Eres tú quien va a necesitarla, Stamp —repuso Mark.

—¿De veras?

—La espalda es lo que mejor se me da.

—A mí tampoco se me da mal.

—Voy a ganarte, Stamp.

—Lo mismo dijiste antes, pero yo fui el primero en llegar.

—Porque tuve una pésima salida. Esta vez, no será así.

—Celebraré que tengas una buena salida, Bixby, porque así, si

vuelvo a ganarte, no podrás poner ninguna excusa.

—No sueñes despierto, Stamp. El triunfo será para mí.

—Envidio la seguridad que tienes en ti mismo, Bixby. Lo malo es que a veces te falla.

—¡Vete al infierno, Stamp! —masculló Mark, y desvió la mirada.

Apenas unos segundos después, el juez de la competición daba el esperado pitido con su silbato y los ocho nadadores se proyectaron hacia atrás con todas sus fuerzas.

La salida había sido correcta, ninguno de los participantes se había anticipado al silbido del juez.

La proyección de Jimmy Stamp había sido muy buena, pero aún fue mejor la de Mark Bixby. Había tenido una salida potente, poderosa, realmente espectacular.

La fantástica proyección de Mark Bixby permitió a este tomar una ligera ventaja sobre Jimmy Stamp. Y con el fin de no perderla, y ver de aumentarla si ello era posible, el campeón del Aquatic Club imprimió un ritmo tremebundo a su carrera, cortando el agua con su cuerpo como la corta un tiburón con su aleta dorsal.

Los seguidores del Aquatic Club rugieron enfervorizados, porque aquello era lo que estaban esperando y deseando ver, marchar en cabeza a Mark Bixby, pleno de fuerza y de facultades, de moral, de fe en sí mismo.

Gopher Bixby golpeó las rodillas de Rich Kuter y Andy Lewis con sus puños, eufórico.

—¿No os lo dije, muchachos? ¡Qué salida tan soberbia ha tenido Mark! ¡Y como nada, el tío! ¡Es todo un campeón!

Kuter y Lewis se limitaron a sonreír.

Gopher Bixby se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta, extrajo un cigarro tan enorme como el que destrozara durante le desarrollo de la prueba de los 100 metros libres, se lo puso en la boca, y le prendió fuego nerviosamente.

Esta vez pensaba fumárselo, no comérselo. Connie Nadel se había puesto en pie.

Volvía a sentirse eufórica, ilusionada, con ganas de todo. Incluso de meterse en la cama con su novio.

—¡Bravo, Mark, bravo!... ¡Así se nada, campeón!... ¡Pierde de vista a esa tortuga de Stamp!

Los participantes de Jimmy Stamp tampoco dejaban de alentar a

su nadador, que resistía magníficamente el fuerte tren impuesto por Mark Bixby, si bien no conseguía reducir la corta distancia que le separaba del campeón del Aquatic Club.

Stella Horton, puesta en pie, dedicaba gritos y frases de ánimo a su novio.

—¡Acelera un poco más, Jimmy... ¡Ya casi tienes a tu alcance a Bixby!... ¡Un esfuerzo más y lo rebasarás!

El largo de la piscina estaba a punto de ser cubierto por Mark Bixby y Jimmy Stamp, claramente destacados del resto de los participantes.

Los dos campeones tocaron el dique y emprendieron el regreso.

Mark Bixby seguía nadando como un delfín, pero también Jimmy Stamp cortaba el agua como un pez.

La ventaja del primero sobre el segundo, se mantuvo durante veinticinco metros más. Y fue entonces, cuando solo faltaban otros veinticinco metros para la llegada, cuando la ventaja del campeón del Aquatic Club empezó a reducirse claramente.

Jimmy Stamp, sorprendentemente, había aumentado el ritmo de sus brazadas, ya de por sí diabólico.

Mark Bixby vio que el campeón del Sport Club se ponía a su altura, y también él intentó aumentar su velocidad, pero no pudo, porque había venido empleándose a tope y aquella era su velocidad máxima, le era imposible nadar más deprisa.

Gopher Bixby empezó a darle mordiscos al puro.

—¡Maldita sea! ¡Stamp ha dado alcance a Mark!

—Ese tipo tiene un fondo increíble, jefe —rezongó Rich Kuter.

—Es algo portentoso —masculló Andy Lewis. Era lo que pensaban todos.

Jimmy Stamp estaba rebasando ya a Mark Bixby.

A falta tan solo de diez metros para la llegada, la ventaja del nadador del Sport Club era ya casi de medio metro.

Mark Bixby no tenía nada que hacer. Jimmy Stamp iba a ganar nuevamente.

Y ganó, más claramente aún que en la prueba de los 100 metros libres.

* * *

La tremenda alegría de los seguidores del Sport Club contrastaba fuertemente con la enorme tristeza que reflejaban los rostros de los simpatizantes del Aquatic, terriblemente decepcionados.

Connie Nadel era la imagen viva de la desilusión, mientras que Stella Horton daba saltos de júbilo en la grada, aplaudía, gritaba, lanzaba besos al aire.

Los besos eran para Jimmy Stamp, naturalmente. Gopher Bixby había vuelto a comerse el puro.

Estaba tan seguro de que su hijo iba a ganar la prueba de los 100 metros espalda, que todavía no podía creer que Jimmy Stamp le hubiera rebasado, arrebatándole la victoria. Rich Kuter y Andy Lewis lo miraban en silencio, como aguardando sus órdenes.

Y Gopher Bixby se las dio.

No quería presenciar una nueva derrota de su hijo. Kuter y Lewis se encargarían de Jimmy Stamp.

Se estaba preparando la siguiente prueba, que era la de los 4 X 100 libres, una interesante carrera de relevos, cuya emoción estaba garantizada de antemano, pues se sabía que Mark Bixby y Jimmy Stamp iban a participar en ella, haciendo el último relevo. Para entonces, los dos excepcionales nadadores habrían recuperado ya sus fuerzas, y estarían en condiciones de ofrecer al público otra gran pugna, un nuevo duelo entre delfines.

Lo que los espectadores no sabían, era que la prueba no llegaría a disputarse. Aquella mañana, al menos.

Rich Kuter y Andy Lewis se encargarían de ello.

Ambos habían abandonado las instalaciones deportivas del Sport Club, dejando solo a Gopher Bixby.

Desde una cabina telefónica, próxima a las instalaciones del Sport Club, Kuter marcó el número del recinto deportivo.

—¿Diga?... —le respondió una voz femenina.

—Quiero hablar con alguno de los directivos del club.

—¿Quién llama?

—Mi nombre no importa.

—Pero...

—No pierdas tiempo, guapa, que el asunto es muy serio.

—Está bien, espere un momento —rogó la telefonista del Sport Club. Apenas había transcurrido un minuto, cuando Kuter oyó una voz masculina:

—¿Quién es? ¿Qué es lo que quiere?

—¿Es usted directivo del Sport Club? —preguntó Kuter.

—Sí.

—Escúcheme bien, amigo, porque no pienso repetírselo. A las doce en punto, y solo faltan unos pocos minutos para esa hora, el Sport Club saltará en pedazos.

—¿Qué…?

—Hay una poderosa carga explosiva colocada en la piscina cubierta, perfectamente escondida. Es una bomba de relojería, y estallará a las doce en punto. Si no quiere que perezcan todas las personas que están presenciando las pruebas, apresúrese a dar la noticia. Queda muy poco tiempo, pero si se da prisa, aún podrán desalojar el recinto deportivo antes de que la bomba estalle. Es todo, amigo —concluyó Kuter, y cortó la comunicación.

CAPÍTULO IV

La falsa amenaza surtió el efecto deseado, y las instalaciones deportivas del Sport Club fueron desalojadas con toda rapidez y en medio del pánico general, aunque por los altavoces no se mencionó en ningún momento la palabra «bomba».

Pero los espectadores, que no eran tontos, sospecharon inmediatamente la verdad cuando se les dijo que la competición tenía que interrumpirse y se les pidió que abandonasen rápidamente el recinto deportivo.

El pánico cundió entre el público.

La gente saltó de los graderíos y corrió hacia la salida, dando gritos y empujones, atropellándose unos a otros en su afán de ser los primeros en alcanzar la calle.

Algunos espectadores se cayeron a la piscina, empujados por otros, pero se dieron buena prisa en salir de ella y así, chorreantes, reanudaron la carrera.

Los directivos del Sport Club, los nadadores, el juez de la competición, los cronometradores y los empleados del club, también abandonaron la piscina cubierta como pudieron.

Jimmy Stamp, preocupado por la seguridad personal de su novia, luchó por llegar hasta ella y la protegió, abandonando juntos el recinto deportivo.

También Mark Bixby ayudó a Connie Nadel a alcanzar la calle.

A las doce en punto, no quedaba una sola persona en las instalaciones deportivas del Sport Club.

Al pasar los minutos y ver que la bomba no estallaba, los directivos del Sport Club empezaron a sospechar que habían sido objeto de una pesada broma.

La policía, avisada por un directivo del club, acudió con rapidez y registró las instalaciones deportivas, pero no encontró carga explosiva alguna, lo que vino a confirmar que se trataba de una falsa amenaza.

El daño, sin embargo, ya estaba hecho.

La competición se había interrumpido, y no podía reanudarse, porque el público seguía con el pánico me tido en el cuerpo y, lógicamente, se negaría a entrar de nuevo en el recinto deportivo.

Los directivos del Sport Club estimaron que tampoco sería conveniente reanudar la competición por la tarde, y acordaron suspenderla hasta el día siguiente.

Por la mañana, a las diez en punto, se reanudaría la competición.

Para entonces, los ánimos de los espectadores se habrían calmado y se podría contar de nuevo con su asistencia. Si no con la de todos, sí con la de la mayoría.

Gopher Bixby se sintió muy satisfecho al oír que la competición no se reanudaría hasta la mañana siguiente, porque así Kuter y Lewis disponían de más tiempo para darle el «repaso» a Jimmy Stamp.

* * *

Los nadadores de ambos equipos, lógicamente, habían abandonado el recinto deportivo en bañador, pues no era cuestión de perder tiempo yendo a los vestuarios en busca de sus ropas, existiendo la amenaza de una bomba.

Concluido el registro de las instalaciones deportivas, por parte de los agentes de la ley, los nadadores entraron de nuevo en el Sport Club y se vistieron.

Como por la tarde no se iba a disputar prueba alguna, los entrenadores de ambos equipos dieron permiso a sus nadadores para que regresaran a sus casas.

Cerca del Sport Club, había un hermoso parque, y Jimmy Stamp y Stella Horton se encaminaron hacia allí, cogidos de la cintura.

—Qué miedo he pasado, Jimmy —confesó la muchacha, pálida todavía.

—Solo fue una broma de mal gusto, ya lo viste —repuso Stamp.

—¿Cómo se pueden gastar bromas así?

—Hay gente que tiene un extraño sentido del humor.

—Con lo bien que estaba marchando todo…

—Sí, es verdad. El Sport Club gana al Aquatic por dos victorias a

una. Claro que aún quedan cinco pruebas por disputar, y el Aquatic Club todavía puede conseguir el triunfo final.

—No lo creo. Tú estás fantástico, Jimmy. No se puede nadar mejor.

—Eso último me parece un poco exagerado.

—Superaste a Mark Bixby, ¿no? ¡Y por dos veces, además!

—Mark Bixby no es el campeón del mundo, Stella.

—¡Pero casi!

—Veremos si puedo vencerle en los 200 mariposa y los 200 braza.

—¡Seguro!

—Aunque así fuera, necesitamos una victoria más para ganar la competición.

—¡La conseguiréis!

—No sé. El Aquatic Club ganó los 400 libres, y ganará también los 1.500 libres. Sus fondistas son ligeramente superiores a los nuestros. Lo han demostrado. En cuanto a las dos pruebas de relevos... Es difícil vencer al Aquatic en los 4 X 100 libres y los 4 X 100 estilos. Reúnen un equipo muy bueno, tenemos que reconocerlo.

—Pero el Sport Club te tiene a ti.

—Y el Aquatic tiene a Mark Bixby.

—Tú eres mejor.

—Te has ganado un beso —sonrió el nadador, y besó a su novia.

—¿Nada más que un beso, Jimmy...? —sonrió ella también, pícaramente.

—Espera que estemos en el parque, en nuestro rincón favorito, y verás cuantas cosas más te has ganado.

—Estoy deseando llegar.

Stamp le dio otro beso y siguieron caminando. Poco después, entraban en el parque.

El rincón favorito de Jimmy y Stella, era ideal para parejas enamoradas, pues quedaba a cubierto de miradas indiscretas.

El nadador y su novia se sentaron sobre la hierba, junto al tronco de un grueso árbol, y comenzaron a besarse y acariciarse.

Stella Horton vestía una falda corta y una liviana blusa color naranja, que permitía adivinar la ausencia de sujetador, pues a poco que uno aguzase la vista, vislumbraba las amplias aureolas de sus

senos, altos y erectos.

Jimmy Stamp se había puesto unos tejanos azules y una camisa grana, de botones plateados, y calzaba cómodas zapatillas de deporte.

El nadador acarició las preciosas piernas de su novia, llegando hasta muy arriba. Después, deslizó su mano por debajo de la fina blusa y empezó a acariciarle los pechos.

Stella tuvo un dulce estremecimiento, acompañado de un gemido de placer, que la boca de Jimmy, pegada a la suya, se encargó de ahogar.

De pronto, alguien dijo:

—Qué escena tan excitante.

—¡Mucho! —dijo otra voz, riendo.

Jimmy y Stella se separaron al instante, retirando él la mano del busto de la muchacha y observaron al par de individuos que tan silenciosamente habían llegado hasta su rincón favorito, sorprendiéndolos en plena efusión amorosa.

Se trataba de Rich Kuter y Andy Lewis, naturalmente, que los habían seguido hasta allí. Los dos guardaespaldas de Gopher Bixby estimaban que aquel era un magnífico lugar para darle el «repaso» al campeón del Sport Club, y se dispusieron a ello.

Lo primero, desde luego, era provocar al nadador, para que este iniciara la pelea. De esta manera, parecería algo casual, en absoluto premeditado.

—¿Por qué no se largan, amigos? —sugirió Jimmy.

—¿Molestamos…? —preguntó Kuter.

—El parque es muy grande.

—Nos gusta este lugar —dijo Lewis—. Y también nos gustan las piernas de tu chica. Stella se estiró la falda, pero no fue mucho lo que pudo cubrir, dada su brevedad.

—Lárguense y déjennos en paz —masculló.

—¿Qué te sucede, rubia…? ¿Estás enfadada porque nuestra presencia obligó a tu amigo a sacar la mano de debajo de tu blusa…? —preguntó Kuter.

—Te gusta que te toquen las tetas, ¿eh? —añadió Lewis. Stella enrojeció.

Jimmy apretó los dientes y se puso en pie.

Stella adivinó que su novio tenía intención de agredir a los tipos,

y se dijo que no debía permitir que iniciara una pelea con ellos, pues podía salir muy malparado.

Kuter y Lewis eran altos y fornidos, y tenían cara de brutos. No, Jimmy no debía pelear con ellos.

Y, menos, sabiendo que al día siguiente tenía que nadar en cuatro pruebas. Stella se puso rápidamente en pie y agarró del brazo a su novio.

—No, Jimmy —rogó.

—Déjame, Stella. Esos tipos te han insultado.

—Olvídalo, no vale la pena pelear.

—Haré que se traguen sus palabras.

—Te repito que no vale la pena. Anda, vámonos.

—No.

—Piensa en la competición, Jimmy.

Eso fue lo que frenó al nadador, la competición.

—Está bien, vámonos —rezongó, mirando con desprecio al par de matones, y se dejó arrastrar por su novia.

—Un momento, rubia. Olvidas tus braguitas —dijo Kuter.

—¿Qué?

—Sí, las dejas tiradas ahí, junto al árbol —señaló Lewis. Stella picó y miró hacia allí.

Su prenda íntima no estaba junto al árbol, claro.

No podía estar, porque la muchacha la llevaba puesta.

Kuter y Lewis habían dicho aquello para obligar a Jimmy Stamp a pelear. Y, esta vez, lo consiguieron.

CAPÍTULO V

—¡No, Jimmy! —suplicó Stella Horton, al ver que su novio se soltaba de ella y avanzaba hacia los dos tipos, con los puños apretados.

Jimmy Stamp no se detuvo.

Ya no pensaba en la competición ni en nada.

Solo pensaba en las groserías que el par de individuos habían dedicado a Stella, y estaba dispuesto a darles su merecido, para que aprendiesen a respetar a la gente.

Rich Kuter permitió que el nadador le atizara un puñetazo en el rostro y lo tirara al suelo. Formaba parte del plan.

Ellos tenían que provocar a Jimmy Stamp, pero debía ser este quien golpeara primero. Así, el nadador no podría acusarles de haberle atacado.

Kuter, tendido sobre la hierba, se masajeó el mentón.

—Pegas duro, muchacho.

—Habéis ofendido a mí novia, cerdos —masculló Jimmy, preparándose para sacudirle al otro individuo.

—No es cierto, amigo —habló Lewis—. Vimos unas bragas ahí, y pensamos que eran de ella. Se lo dijimos por su bien, pues podía levantarse aire, subírsele la falda, y dejarla con el culo al aire. Jimmy Stamp soltó de nuevo el puño, estrellándolo en la mandíbula del matón, quien se derrumbó en el acto.

—Tenías razón, compañero —dijo Lewis a Kuter, mientras se masajeaba el maxilar inferior—. El tipo pega duro.

—Nosotros también pegamos duro —masculló Kuter.

—Sí, y se lo vamos a demostrar —rezongó Lewis.

Los dos matones se pusieron en pie y atacaron a la vez al nadador.

Jimmy esquivó el puño de Kuter, cuyo mentón golpeó de nuevo, derribándolo por segunda vez. En cambio, no pudo burlar el puñetazo de Lewis, que produjo un seco chasquido en su pómulo

derecho.

El nadador cayó al suelo.

—¡Jimmy! —exclamó Stella Horton, angustiada.

El campeón del Sport Club trató de ponerse en pie, pero Lewis le atizó una patada en el pecho, arrancándole un aullido de dolor.

—¡Bestia! —rugió Stella, y se lanzó decididamente en ayuda de su novio. Intentó arañar la cara de Lewis, pero este le sujetó ambos brazos y lo impidió.

—Quieta, fiera.

Kuter, que ya se estaba incorporando, indicó:

—Sujeta tú a la chica. Yo me encargo del tipo.

—Bien —sonrió Lewis. Kuter fue hacia el nadador.

Jimmy se irguió con alguna dificultad y se dispuso a hacerle frente.

Stella, en vista de que no podía hacer nada con sus manos, decidió utilizar los pies, y le arreó un feroz puntapié a Lewis en la espinilla zurda.

El matón dio un grito y encogió rápidamente la pierna, pero no soltó los brazos de la muchacha.

Stella le pateó la otra espinilla.

Lewis aulló de nuevo y se derrumbó, al no poder sostenerse con ninguna de las piernas. Stella, libres ya sus manos, le atizó un puñetazo en toda la cara al matón. No fue un puñetazo muy ortodoxo, pero como la muchacha tuvo la suerte de darle de lleno en un ojo, Lewis quedó prácticamente fuera de combate.

Mientras tanto, Jimmy Stamp había burlado el ataque de Rich Kuter, respondiendo con un duro golpe al estómago, que obligó al matón a encogerse, soltando un bramido de dolor.

El nadador intentó golpearle de nuevo, pero Kuter le embistió como un toro y lo derribó. El matón también rodó por el césped.

Jimmy se irguió con rapidez.

Kuter se puso también en pie, rugiendo de furia, pues el nadador le había dado ya tres puñetazos, mientras que él todavía no había conseguido alcanzarle con sus puños.

—¡Te voy a hacer picadillo! —ladró.

—Ya será menos —repuso Jimmy.

—¡Lo vas a ver, maldito!

Kuter se lanzó sobre Stamp, pero este no se dejó cazar.

Y no solo eso, sino que respondió al furioso ataque del matón con un soberbio puñetazo al hígado.

Kuter bramó como un buey y se dobló como un garrote.

El nadador, al verlo así de encogido, entrelazó sus manos y las descargó con todas sus fuerzas sobre la nuca del matón.

Rich Kuter se desplomó como una res apuntillada, y ya no se levantó. El tremendo hachazo le había dejado sin sentido.

—¡Jimmy…! —chilló Stella, que se había distraído viendo como su novio se deshacía de Kuter, y de pronto se había visto agarrada de las piernas por Lewis. El matón la hizo caer al suelo y rugió:

—¡Ahora vas a saber lo que es bueno, rubia!

—¡Déjala, puerco! —gritó Stamp, saltando sobre Lewis.

El matón se vio obligado a soltar las piernas de Stella, para hacer frente al nadador. Jimmy le dio un magnífico puñetazo.

Lewis quiso devolvérselo, pero alguien le agarró el brazo derecho. Era Stella.

Y la muchacha no se conformó con sujetarle el brazo, sino que le mordió la mano con ganas.

Lewis lanzó un grito.

—¡No me muerdas, perra!

Jimmy aprovechó la circunstancia para atizarle dos puñetazos más.

El matón intentó defenderse con el puño izquierdo, pero justo en ese momento, Stella lo agarró del pelo y empezó a tirar como si quisiera dejarlo calvo.

Lewis chilló como una rata.

Jimmy le propinó otro par de puñetazos, y el matón perdió el conocimiento. El nadador se irguió y cogió de la mano a su novia.

—Larguémonos, Stella.

—Sí, Jimmy —respondió ella, levantándose.

Echaron a correr los dos, desapareciendo rápidamente por entre los árboles del parque.

* * *

Frente al Sport Club, se hallaba aparcado el coche de Stella Horton, un Dodge azul brillante. Ella y Jimmy Stamp entraron en él, sentándose la muchacha al volante.

Stella puso rápidamente el motor en marcha, y el vehículo arrancó, alejándose del Sport Club.

El nadador se llevó la mano al pecho, con claro gesto de dolor. Stella advirtió la mueca de sufrimiento de su novio y preguntó:

—¿Te hizo mucho daño ese salvaje con su patadón, Jimmy?

—Bastante.

—Desabróchate la camisa, ¿quieres? Stamp lo hizo y descubrió su tórax.

—Te dejó una buena marca en las costillas, el muy animal —rezongó Stella.

—No esperaba que me diera una patada. Por eso no hice nada por esquivar su pie.

—Es un golpe muy fuerte, Jimmy. Mañana no podrás nadar con normalidad.

—No digas eso, Stella. Un par de aplicaciones de linimento, y el dolor desaparecerá. Mañana me levantaré como nuevo, ya verás.

—Si no es así, vale más que no compitas, Jimmy.

—¿Qué no compita...?

—No quiero que Mark Bixby te venza por no hallarte en perfectas condiciones físicas. Prefiero que te retires de la competición.

—No pienso retirarme, Stella. El equipo me necesita, no puedo dejarlos solos. Sin mi concurso, el Aquatic Club ganaría fácilmente la competición. Soy el único que puede vencer a Mark Bixby.

—En condiciones normales, sí, ya lo demostraste esta mañana. Pero si el golpe de las costillas te impide bracear fuerte y rápido...

—No me molestará en absoluto, puedes estar tranquila.

—Qué mala pata que aparecieran esos tipos —rezongó Stella.

—Es extraño —murmuró Jimmy—. Nunca habíamos sido molestados en nuestro rincón favorito del parque, con tantas veces como hemos ido.

—Nunca, es cierto.

—Además, los tipos aparecieron casi enseguida. Como si nos hubieran venido siguiendo.

—¿Siguiendo?

—Sí, sospecho que así fue.

—¿Piensas que te provocaron deliberadamente?

—Es posible.

—¿Por qué razón?

—Solo se me ocurre una: obligarme a retirarme de la competición.

—¿Qué interés podían tener esos tipos en…?

—No lo sé, Stella. Quizá deseen el triunfo del Aquatic Club.

—Pero, eso…

—Tal vez la falsa amenaza de bomba y lo sucedido en el parque tenga una relación directa.

Stella Horton respingó.

—¿Sospechas que la llamada telefónica la hizo uno de los tipos, Jimmy…?

—Empiezo a creer que sí. El Sport Club ganaba por dos victorias a una, yo había derrotado claramente a Mark Bixby, y el triunfo final del Aquatic peligraba. La amenaza de bomba, provocó la suspensión de la competición. Y en el momento más oportuno, pues la moral de Mark Bixby, tras su segunda derrota, andaba por los suelos.

—Eso es verdad.

—Los tipos vigilaban el Sport Club, nos vieron salir y dirigimos al parque, y nos siguieron, dispuestos a darme una paliza allí. Era un buen lugar.

Stella miró a su novio, visiblemente preocupada.

—¿Qué piensas hacer, Jimmy?

—Nada, porque solo son sospechas. No tenemos prueba alguna. Además, el plan de los tipos no dio resultado, porque no pudieron propinarme la paliza. Solo recibí un puñetazo en el pómulo y un puntapié en las costillas, lo cual no me impedirá competir mañana y luchar por el triunfo final del Sport Club —aseguró el nadador.

CAPÍTULO VI

El coche de Mark Bixby, un reluciente «Mustang» plateado, se hallaba detenido en las afueras de Los Ángeles, en un paraje tranquilo y solitario.

El campeón del Aquatic Club y su novia habían ido allí a pasarlo bien, pero lo estaban pasando solamente regular, tirando a mal, porque el nadador se mostraba excesivamente frío en esta ocasión.

Connie Nade! vestía un ceñido pantalón rojo y una blusa color crema, que se anudaba bajo los senos y le dejaba al descubierto todo el estómago.

Mientras besaba a su novio, la atractiva pelirroja se había aflojado el nudo de la blusa y sus pechos, grandes y macizos, se hallaban totalmente al descubierto, ansiosos de caricias.

Pero las caricias no llegaban, porque Mark Bixby parecía estar pensando en otras cosas, pese a los esfuerzos de su novia por despertar su interés.

Como era de esperar, Connie acabó enfadándose por la irritante pasividad de su novio, al que ninguno de sus muchos encantos parecía tentarle en esta oportunidad.

—Se acabó —gruñó, separándose bruscamente del nadador, y se colocó bien la blusa. Mark Bixby pareció volver a la realidad.

—¿Decías, nena...?

—Que me he cansado de estar con los pechos al aire, eso es lo que digo. Para la atención que les prestabas, mejor están dentro de la blusa.

El campeón del Aquatic Club tosió.

—Discúlpame, Connie. Tú sabes bien que tus hermosos pechos me vuelven loco.

—Más parece que te vuelven tonto, pues no les haces ni caso.

—No digas eso, por favor. Lo que sucede es que me preocupa mucho lo que pueda ocurrir mañana.

—También me preocupa a mí, pero vinimos aquí a divertirnos

un poco, no a pensar en las pruebas de mañana.

—Ha sido un duro golpe para mí, compréndelo. Estaba acostumbrado a ganar todas las pruebas en las que participaba, y hoy he sido derrotado por Jimmy Stamp. En los 100 libres tuve una mala salida, y no fui capaz de enmendar mi fallo. Después, en los 100 espalda, tuve una magnífica salida, pero no supe mantener mi ventaja y Stamp me rebasó. Está colosal, tengo que reconocerlo. Creo que tampoco podré vencerle en mariposa y braza.

La pelirroja miró a su novio severamente.

—No me gusta verte derrotado de antemano, ¿sabes?

—¿De qué serviría engañarse, Connie? Hasta hoy, yo era mejor nadador que Jimmy Stamp. Ahora, él es mejor nadador que yo. Así quedó demostrado esta mañana, y no hay que buscar excusas.

Connie Nadel guardó silencio.

En el fondo, ella pensaba exactamente igual que su novio.

Mark no tenía muchas posibilidades de triunfar en las pruebas de mariposa y braza, no podría superar al magnífico Jimmy Stamp. A menos que alguien le echara una mano, claro.

Connie, que lógicamente ignoraba, lo mismo que Mark, que Gopher Bixby ya había tomado sus medidas para facilitar el triunfo de su hijo en las pruebas del día siguiente, y la victoria final del Aquatic Club, decidió ayudar a su novio.

Y ya sabía cómo.

Si lograba su propósito, y era muy posible que lo lograra, porque pensaba poner todo de su parte para conseguirlo, Jimmy Stamp no podría nadar como un delfín en las pruebas que le restaban por disputar, porque no tendría fuerzas para ello.

* * *

Gopher Bixby se encontraba en su despacho, repantigado en el cómodo sillón giratorio, con una pierna sobre la otra y uno de sus colosales cigarros en la mano, despidiendo humo. Se disponía a darle una larga chupada, cuando la puerta se abrió y Rich Kuter y Andy Lewis entraron en el despacho.

A Gopher casi se le cae el cigarro de la mano, a causa de la sorpresa.

—¿Qué os ha ocurrido…? ¡Vuestras caras tienen más señales que

el mapa de un tesoro pirata!

Era cierto.

Especialmente, la de Lewis.

Los matones cambiaron una mirada nerviosa.

Lewis utilizó solamente el ojo derecho, porque con el izquierdo apenas podía ver, de tan hinchado que lo tenía. La hinchazón, además, se complementaba con un tono berenjena que daba asco.

Kuter esperaba que su compañero hablara, pero Lewis no despegó los labios, casi tan hinchados y amoratados como su ojo zurdo.

Gopher Bixby escupió una palabrota y rugió:

—¿Es que os han arrancado las lenguas, también? ¡Hablad, estúpidos! ¡Contadme lo que os pasó!

Kuter se hizo el ánimo y explicó:

—Le dimos la paliza a Jimmy Stamp en el parque que hay cerca del Sport Club, señor Bixby.

—¿Vosotros a él, o él a vosotros? Kuter carraspeó.

—Stamp sabe defenderse, jefe.

—¡A la vista está que sí! ¡No hay más que ver vuestras caras, llenas de golpes!

—La culpa la tuvo la chica, señor Bixby —se decidió a hablar Lewis.

—¿Qué chica?

—Stella, la novia de Stamp. Fue ella la que me hizo esto —el matón se señaló el ojo izquierdo.

Gopher abrió la boca, perplejo.

—¿Qué ella te puso el ojo así...?

—Sí, de un castañazo.

—¡No puedo creerlo!

—La chica es una fiera, jefe. Me pateó las espinillas, me mordió la mano, me tiró del pelo... Y, encima, me dejó ciego de un ojo. Una fiera, ya le digo.

—Lewis tiene razón, señor Bixby —habló de nuevo Kuter—. La novia del nadador nos dificultó mucho las cosas. Impidió que Lewis y yo atacáramos a un tiempo a Stamp. Y el nadador es bueno con los puños; muy bueno. Sabe esquivar los golpes, además.

—No los esquivaría todos, supongo... —dijo Gopher, mirando con severidad a sus guardaespaldas.

—Por supuesto que no, jefe —respondió nerviosamente Kuter.

—¿Cuántos golpes le disteis?

—Bueno, la verdad es que no los contamos... —carraspeó el matón. Gopher Bixby se puso en pie, con gesto amenazante.

—¿Le disteis la paliza o no?

—Lo que se dice paliza, paliza... —murmuró Lewis, tan nervioso como su compañero—. Recuerdo que yo le di un puñetazo en el pómulo y un patadón en las costillas.

—¿Nada más?

—Es que entonces intervino la fiera, jefe. Ya sabe, la novia del nadador. Se me echó encima, con intención de arañarme las mejillas con sus uñas, y tuve que ocuparme de ella. Kuter pasó a ocuparse de Stamp.

Gopher miró a Kuter.

—¿Cuántos puñetazos le diste tú, Kuter?

—Pocos, muy pocos.

—¿Cuántos? —insistió Gopher.

—Me temo que ninguno, jefe —confesó el matón, avergonzado.

—Sí que son pocos.

—Lo siento, jefe. El tipo se escurría como una anguila, y no había manera de alcanzarle. Logré derribarlo una vez, pero se levantó antes que yo y me soltó un hachazo en la nuca.

—Creí que Stamp era nadador, no leñador —repuso Gopher, sarcástico.

—No se burle, jefe.

Gopher Bixby descargó un tremendo puñetazo sobre la mesa.

—¿Qué no me burle, dices...? ¿Acaso no es como para pitorrearse por todo lo alto?

¡Vosotros sois dos profesionales del mamporro, y os dejasteis vapulear por un simple nadador!

Lewis emitió una tosecita y recordó:

—No se olvide de la fiera, jefe.

Gopher descargó otro furioso puñetazo.

—¡No hay fiera que valga, maldición! ¡Una mujer es solo una mujer, y por mucho genio que tenga, jamás debe imponerse a un hombre! ¡Las mujeres solo pueden derrotarnos en un sitio: en la cama! ¡Y tampoco todas!

—Cálmese, jefe —rogó Lewis—. No le dimos la gran paliza a

Jimmy Stamp, es cierto, pero el patadón que yo le aticé en las costillas, fue tremendo. Mañana no podrá nadar con normalidad, de eso puede estar seguro. Mark le vencerá en todas las pruebas con facilidad. Y de eso se trataba, ¿no?

Gopher titubeó.

Kuter, dándose cuenta de ello, se apresuró a decir:

—Lewis tiene mucha razón, señor Bixby. Stamp acusará el golpe en las costillas, y no podrá bracear con la potencia habitual. Mark no tendrá dificultades para dejarlo atrás, y el Aquatic Club ganará la competición.

Gopher los miró a los dos, con seriedad.

—Es posible que sea así, pero no voy a arriesgarme a que Jimmy Stamp se recupere del golpe en las costillas y humille nuevamente a mí hijo. Se me acaba de ocurrir algo para asegurarme de que Stamp no ganará mañana ninguna de las pruebas en las que participe.

Kuter y Lewis intercambiaron una breve mirada. El primero preguntó:

—¿Qué se le ha ocurrido, jefe?

—Secuestrar a la novia de Stamp. Lewis respingó.

—¿Raptar a la fiera...?

Gopher asintió con la cabeza y añadió: —Amenazaremos a Jimmy Stamp con matar a su novia si no se deja vencer por Mark en todas las pruebas, y no tendrá más remedio que nadar a medio gas, tanto si le duelen las costillas como si no.

CAPÍTULO VII

Jimmy Stamp y Stella Horton se encontraban en el apartamento del nadador, quien se había despojado de la camisa para que su novia le atendiera el golpe que recibiera en las costillas.

Stella le estaba aplicando el linimento en la contusión.

También le atendió el pómulo, sensiblemente hinchado y un tanto azulado.

—Listo, Jimmy.

—Gracias, preciosa —repuso Stamp, abarcando por la cintura a su novia. Se dieron un beso en los labios.

Después, ella sugirió:

—¿Te preparo algo de comer, Jimmy?

—Prefiero comerte a ti.

—¡Tonto! —rio Stella, soltándose, y se dirigió a la cocina.

Preparó una comida fría en solo unos minutos y la sirvió en el *living*.

Jimmy y Stella almorzaron con buen apetito.

Después, mientras degustaban sendas tazas de café, Stella aconsejó:

—Acuéstate y echa una larga siesta, Jimmy. Lo necesitas.

—¿Te acostarás conmigo?

—No.

—¿Por qué?

—De sobra lo sabes.

—Solo te he propuesto que nos acostemos juntos, no que hagamos el amor.

—Pero lo haríamos, lo sé. Y eso te perjudicaría. Debes reservar todas tus energías para mañana. Te van a hacer falta.

Stamp posó su mano sobre los tersos muslos de su novia y se los acarició con excitante suavidad.

—¿Cuántos días hace que no hacemos el amor, Stella?

—Bastantes —suspiró nostálgicamente la joven.

—Es duro ser la novia de un nadador, ¿verdad?

—Ya lo creo. Especialmente, si la novia quiere al nadador tanto como yo te quiero a ti. Pero no te reprocho nada, Jimmy. Un campeón de natación debe cuidar mucho su condición física, y ello le impone ciertos sacrificios, como el de acostarse con su novia muchas menos veces de las que él desearía. Y ella también, claro.

Stamp le dio un cálido beso.

—Gracias por ser tan comprensiva, Stella.

—No hay de qué.

—Mañana por la noche sabré recompensarte, te lo prometo. Habrá terminado la competición, y...

—¿No estarás demasiado cansado, después de tanta carrera?

—Estaré cansado, pero aún me quedarán fuerzas suficientes para hacerte el amor apasionadamente.

—Ojalá sea verdad.

Se dieron otro beso y luego Stella abandonó el apartamento de su novio, para que este pudiera descansar tranquilamente.

* * *

Jimmy Stamp entró en su habitación, se quitó las zapatillas de deporte y el pantalón vaquero, y se echó en la cama, cubierto solo con el slip.

Estaba a punto de dormirse, cuando sonó el timbre del apartamento.

El nadador se extrañó.

Stella no podía ser, porque ella tenía una llave, lo mismo que él tenía una llave del apartamento de su novia.

Jimmy pensó en los tipos que le provocaran en el parque.

¿Serían ellos...?

El nadador temió que así fuera.

A pesar de ello, se levantó de la cama, salió de la habitación, y acudió a abrir, lo cual hizo con muchas precauciones.

Al mirar por la grieta de la puerta, el campeón del Sport Club se quedó de piedra, porque no eran los tipos los que aguardaban fuera, sino Connie Nadel, la novia de Mark Bixby.

La excitante pelirroja advirtió que la puerta se había abierto un par de centímetros y descubrió el ojo del nadador, pegado a la

grieta.

—¿Por qué tantas precauciones, Jimmy…? —preguntó, sonriendo. Stamp abrió más la puerta y se dejó ver.

La novia de Bixby dio un respingo.

—¿Qué te ha pasado en el pómulo…?

—Me dieron un puñetazo.

—¿Y en el pecho…?

—Me dieron una patada.

—¿Quién…? ¿Cuándo…? ¿Dónde?

Stamp, en vez de responder, preguntó a su vez—: ¿Qué es lo que quieres, Connie?

—Hablar contigo, Jimmy.

—¿De qué?

—De algo muy importante.

—¿Y tiene que ser ahora…?

—Sí, el asunto no admite demora.

—Mira cómo voy, Connie.

—En slip, ya lo veo.

—Me había acostado, necesito descansar.

—Solo te molestaré unos minutos, Jimmy. El nadador no supo negarse.

—Está bien, pasa.

—Gracias —sonrió la pelirroja, y entró en el apartamento. Stamp cerró la puerta.

La novia de Bixby preguntó:

—¿Hablamos en el *living*, o prefieres que lo hagamos en tu habitación?

—En el *living*, por supuesto —carraspeó el nadador. —Lo decía por no robarte minutos de descanso. Tú puedes echarte de nuevo en la cama, y yo hablarte sentada en el borde de la misma, ¿no te parece una buena idea…?

—No, es mejor que hablemos en el *living*.

—Como quieras.

—Me pondré la bata.

—Oh, no, no es necesario —dijo Connie, agarrándolo del brazo.

—No me parece correcto que…

—En la piscina te vi en bañador, y ahora te veo en slip. No hay ninguna diferencia. Anda, ven.

Stamp se dejó llevar por la novia de Bixby.

Se sentaron los dos en el sofá y Connie se preocupó de que su cadera quedara pegada a la del nadador.

—¿De qué quieres hablarme, Connie? —preguntó Stamp.

—De Mark Bixby.

—¿Te ha enviado él?

—¡Por supuesto que no! Ni siquiera sabe que he venido a verte. Si se enterara, me agarraría del pelo y me daría un par de bofetadas. Es muy celoso.

—Entonces, debes marcharte cuanto antes.

—No temas, Mark también está echando la siesta. No hay peligro de que nos sorprenda.

—Di lo que sea, Connie, te lo ruego.

La pelirroja compuso un gesto de tristeza.

—Mark está desmoralizado, Jimmy.

—Lo siento, pero eso no es culpa mía.

—¿De quién, si no? Tú le venciste y le humillaste.

—Era mi obligación luchar por el triunfo, Connie.

—Lo sé, pero...

—Mark debía saber que no siempre se puede ganar.

—Ni siquiera lo pensaba, porque siempre ganaba.

—Pues hoy le tocó perder. Y hay que aceptar las derrotas, Connie.

—Mark no sabe aceptarlas, ese es el problema —suspiró la pelirroja.

—Lo lamento, pero no puedo hacer nada.

—Sí que puedes, Jimmy.

—¿Qué puedo hacer, vamos a ver?

—Dejar que Mark gane una prueba.

—¿Qué...? —exclamó Stamp.

—Los 200 mariposa, por ejemplo. Eso le levantaría la moral, y atacaría con nuevos ánimos los 200 braza.

Stamp sacudió la cabeza.

—No sabes lo que dices, Connie.

—Te lo pido como un favor especial, Jimmy. Y sabré agradecértelo de una forma especial, también.

—¿Cómo? —preguntó el nadador, picado por la curiosidad.

—Para empezar, así —respondió la pelirroja, alzando sus manos

y posándolas sobre los fuertes hombros de Jimmy, cuya boca selló a continuación, en largo y excitante beso. Stamp intentó apartar a la ardiente novia de Mark Bixby, pero ella se pegó a él como una lapa, transmitiéndole el calor de su poderoso busto, literalmente aplastado contra el pecho masculino.

El nadador sintió una dolorosa punzada en la contusión que tenía en las costillas, y no pudo reprimir un gemido, ahogado por la boca de la pelirroja, que parecía soldada a la suya. Actuando con más energía que antes, Jimmy consiguió apartar a la novia de su rival.

Ella le miró con ojos brillantes de deseo.

—¿No te gusta mi forma de besar, Jimmy…?

—No, es demasiado fogosa.

—¿Cómo te besa Stella Horton, como si fueras su hermano?

—Márchate, Connie.

—Ni hablar.

—Si no te vas por las buenas, te sacaré yo a empujones.

—Si lo haces, me desgarraré la blusa, me pondré a chillar en la escalera, y cuando se asomen los vecinos les diré que intentaste violarme. ¿Te imaginas el escándalo…?

Stamp apretó los dientes.

—¿Qué es lo que pretendes, Connie?

—Deseo hacer el amor contigo, Jimmy.

—Yo solo hago el amor con mi novia.

—Hacerlo conmigo te gustará más.

El nadador esbozó una sonrisa despectiva.

—Empiezo a adivinar tu juego, Connie.

—¿De veras?

—Quieres que queme mis energías contigo, para que mañana acuse fatiga durante el desarrollo de las pruebas y Mark Bixby pueda ganarme con facilidad.

La pelirroja rio.

—No digas tonterías, Jimmy.

—Eres una zorra, Connie.

—Una zorra que está muy buena —repuso la novia de Bixby, empezando a desnudarse la blusa.

—Ahórrate la molestia de desnudarte, Connie. No voy a hacer el amor contigo.

—Es posible que cambies de parecer cuando me veas tal como vine al mundo, solo que con todo mucho más crecidito.

—Nada me hará cambiar, te lo aseguro.

—Ya veremos.

Connie Nadel se puso en pie, se apartó un par de metros del sofá, y se abrió la blusa de par en par.

Jimmy Stamp no hubiera querido mirar los soberbios pechos de la novia de Mark Bixby, pero sus ojos se clavaron en ellos sin que pudiera evitarlo.

La pelirroja se acarició a sí misma, con lasciva sonrisa, y dijo:

—Vamos, compara el busto de Stella con el mío, Jimmy. ¿Cuál te gusta más?

—El de mi novia —respondió Stamp, sin dudar. La novia de Bixby rio.

—Eres un embustero, Jimmy.

—Estás perdiendo el tiempo, te lo repito.

—¿Tú crees?

—Ni apuntándome con una pistola haría el amor contigo.

—No necesito una pistola para convencerte, Jimmy. Mis «armas» son otras —aseguró Connie, despojándose de la blusa con movimientos sensuales.

Se la arrojó al nadador a la cara y luego le dio la espalda, para bajarse el pantalón. Lo hizo lenta y voluptuosamente, dejando al descubierto su formidable trasero, escasamente cubierto por unas descaradas braguitas de encaje negro.

La pelirroja miró por encima del hombro a Jimmy, mientras hacía bajar la prenda íntima, para quedarse con el trasero totalmente al aire.

Justo en el instante en que la tentadora grupa de Connie quedaba completamente desnuda, un dardo surcó velozmente el aire y se clavó en la nalga izquierda de la pelirroja, con matemática precisión.

CAPÍTULO VIII

Connie Nadel dio un chillido y se miró la nalga zurda, esperando encontrar una aguja hipodérmica, pues pensaba que alguien quería ponerle una inyección por sorpresa.

Al descubrir el pequeño dardo incrustado en su trasero, con sus plumitas de colores y todo, se quedó estupefacta.

—¡Eres un salvaje, Jimmy! —rugió, mirándolo con odio.

El nadador, no menos estupefacto que la pelirroja, respingó en el sofá:

—¡No he sido yo, Connie!

—¡Animal! ¡Bestia! ¡Cafre!

—¡Que no he sido yo, Connie! —insistió Stamp.

—¡Tomaste mi trasero como diana! ¡Jamás te lo perdonaré, bastardo!

—¡Tú me estabas mirando, Connie! ¿Me viste lanzarte algo...?

—¡No te vi, pero lo hiciste!

—¡Te juro que no!

—¡Estamos solos en el apartamento, no pudo ser nadie más que tú! Stamp miró hacia la cortina que impedía la puerta del apartamento desde el *living*.

—Empiezo a sospechar que no estamos solos —murmuró.

—¿Qué?

—Tengo una diana colgada en la puerta de entrada, con varios dardos clavados en ella.

¿No te fijaste...?

—¡Por eso tienes tan buena puntería, condenado, porque practicas mucho!

—Stella también practica.

—¿Stella...?

—Sí, y tiene mejor puntería que yo. Casi siempre me gana.

—¿Insinúas que ha sido ella la que...?

—Pondría la mano en el fuego.

—¡Te quemarías! —dijo Stella Horton, saliendo de detrás de la cortina, con otro dardo en las manos.

Y, antes de que Connie Nadel pudiera proteger su todavía desnudo trasero, se lo lanzó con la maestría que la caracterizaba y se lo clavó en la otra nalga. La pelirroja emitió un aullido.

—¡Perra, más que perra! —rugió, cogiéndose las ensangrentadas posaderas.

—¡La única perra que hay aquí eres tú! —replicó Stella—. ¡Lo he oído todo, Connie! ¡Y si no me dejé ver antes, fue porque consideré que lo de los dardos sería un magnífico modo de premiar tu desvergonzado número de *strip-tease*!

—¡Maldita seas mil veces!

—¡Tienes dos minutos para largarte! ¡Si no lo haces, cogeré los dardos que quedan y te pondré el culo como un panal!

—Es muy capaz de hacerlo, créeme —advirtió Jimmy, conteniendo a duras penas la risa. Connie, que tampoco lo dudaba, se desclavó ambos dardos, con claro gesto de dolor, y se subió apresuradamente las braguitas y el pantalón, que se cerró con rapidez.

—¡Mi blusa! —rugió.

Jimmy se la lanzó.

La pelirroja se la puso, se la anudó precipitadamente, y corrió hacia la puerta del apartamento, que la propia Stella se encargó de abrirle. Connie se detuvo un instante, roja de furia.

—¡Esto no quedará así, Stella!

—¡Fuera, antes de que te deje sin pelo, furcia!

—¡Me vengaré, te lo juro!

Stella le propinó un violento empujón y la hizo salir del apartamento.

—¡Olvídate de Jimmy y de mí, o Mark Bixby sabrá lo que ha pasado aquí, golfa! La pelirroja se estremeció.

—¡Si se lo dices, te mato!

—¡De ti depende, ya lo sabes! ¡Y ahora esfúmate, so pendón!

Connie Nadel sintió deseos de devolver los últimos insultos, pero no se atrevió, porque la amenaza de Stella Horton era muy seria. Si le contaba a Mark Bixby lo que ella había hecho, Mark le daría una tremenda paliza y rompería sus relaciones con ella, y Connie no quería que eso sucediera, así que dio media vuelta y se marchó,

cogiéndose las posaderas.

Stella Horton cerró la puerta con brusquedad y se reunió con Jimmy Stamp, que se estaba riendo en el sofá.

—¡Tomar el pandero de Connie como diana fue una idea genial, Stella! —dijo el nadador.

—A ti también estuve a punto de lanzarte un dardo —gruñó la muchacha.

—¿A mí…?

—Sí, por sinvergüenza.

—¡Rechacé a Connie! ¿Es que no lo oíste…?

—Sí, claro que lo oí. Pero dejaste que te besara, que se quitara la blusa, y que se bajara el pantalón y las braguitas.

—¡No pude evitarlo! ¡Me había amenazado con acusarme de intento de violación si la echaba del apartamento!

—También lo oí. Pero debiste evitar que se quedara con las tetas y con el culo al aire.

—¿Cómo?

—Empleando la fuerza. Stamp sacudió la cabeza.

—Connie hubiera armado un tremendo escándalo, Stella.

—No, no lo habría hecho. Ella era la más interesada en que nadie supiera que había estado aquí, en tu apartamento. Especialmente Mark Bixby. Cuando la amenacé con contárselo todo, se le encogieron las tripas. Sabe que su novio le daría una paliza de muerte.

—Lo siento, no se me ocurrió pensar en eso.

—Claro, como que estabas pensando en otras cosas.

—¿En qué?

—En el excitante *strip-tease* que esa putilla de Connie te iba a ofrecer gratis.

—¿Cómo puedes pensar eso? Para mí no existe en el mundo más mujer que tú, Stella.

—Pues a Connie te la comías con los ojos.

—No digas tonterías.

—Te estaba observando, no lo olvides. Cuando Connie se abrió la blusa y te enseñó su par de melones, casi te quedas bizco. Y lo mismo te pasó cuando te enseñó su pandero. Stamp tosió.

—No es cierto, Stella.

—¡Vas a negar lo que mis ojos vieron, sinvergüenza? ¡Si los ojos

mordieran, Connie Nadel tendría ahora las tetas y el culo repletos de bocados! El nadador no pudo contener la risa.

—Eso ha tenido gracia, cariño.

—¡Pues a mí no me hace ninguna!

Stamp la abrazó y la besó en los labios con ganas.

Stella, al principio, se resistió, para demostrar a su novio que su enfado era verdadero. Después, sin embargo, dejó de forcejear con él y pasó a devolverle el beso.

Cuando separaron sus bocas, Stamp la miró a los ojos y dijo:

—Te quiero, Stella. Y siempre te querré.

—Lo mismo digo, Jimmy —sonrió ella.

—¿Ya no estás enfadada?

—En el fondo, creo que nunca lo estuve. Rechazaste a Connie, pese a que en cueros vivos es algo muy serio. Pocos hombres, en tu lugar, hubieran podido resistir la tentación. Tú te limitaste a contemplar lo que ella te enseñaba, y no puedo censurarte por ello. Solo un tonto hubiera cerrado los ojos. Y tú, de tonto, no tienes un pelo.

Stamp rio.

—¿Cómo fue que regresaste, Stella?

—En realidad no me marché. Estaba abajo, en la calle, sentada en mi coche, vigilando la entrada del edificio. Temía que los tipos que te provocaron en el parque vinieran en tu busca, para vengarse. Si tus sospechas son ciertas, y el incidente del parque no fue casual, es posible que los tipos vengan. Tenían que darte una paliza, y puede decirse que fracasaron, pues solo recibiste un par de golpes. Aunque también es posible que piensen que fueron suficientes para impedirte rendir a tope mañana, en la competición, y no vengan por aquí.

—Te confieso que yo, cuando oí sonar el timbre, pensé que eran ellos. Sabía que tú no podías ser, porque tienes llave.

—Si hubiera visto entrar a los tipos en el edificio, hubiera avisado inmediatamente a la policía. Pero, como fue a Connie Nadel a quién vi entrar, la seguí, para averiguar a qué diablos venía. Cuando entró en tu apartamento, esperé un poco y luego abrí silenciosamente con mi llave. Ya estabais aquí, en el *living*, sentados en el sofá. Me quedé tras la cortina, espiando.

—Hasta que decidiste lanzar el primer dardo.

—Sí.

—¡Y con qué puntería! —rio el nadador. Stella Horton también rio.

—¡Se lo clavé en toda la «mejilla» zurda! ¡Y el segundo, en la derecha!

—¡Connie no podrá sentarse en un par de días!

—¡Seguro!

Rieron nuevamente los dos. Después, Stella dijo:

—Debo irme, Jimmy, para que puedas descansar.

—De acuerdo, pero no quiero que te quedes abajo vigilando. Connie Nadel no volverá y creo que aquellos tipos tampoco vendrán. De todos modos, y para que te sientas tranquila, te prometo no abrir la puerta a nadie, aunque oiga llamar.

—¿Seguro que no abrirás?

—Te lo he prometido, ¿no?

—Está bien, me iré a casa. Y, sobre las siete, volveré. Habrás dormido ya bastante, ¿verdad?

—Desde luego.

—Hasta las siete, pues.

Se dieron otro largo beso y Stella Horton abandonó el apartamento de su novio, sin sospechar que, frente al de ella, montaban vigilancia Rich Kuter y Andy Lewis, que esperaban su regreso para secuestrarla.

CAPÍTULO IX

Unos veinte minutos después, Stella Horton estacionaba su «Dodge» a pocos metros del portal del edificio de apartamentos en donde vivía. Cerró el contacto, cogió su bolso, y salió del coche.

—¡Ahí la tenemos, Andy! —exclamó Kuter, descubriendo a la novia de Jimmy Stamp.

—¡Vamos por ella, Rich! —respondió Lewis.

Salieron rápidamente del coche, un «Buick» marrón. Y se lanzaron por la muchacha. Stella caminaba ya hacia el portal del edificio.

No había visto a la pareja de matones.

Kuter y Lewis la dejaron entrar en el portal, pues creían más conveniente asaltarla allí que en la calle.

Y en el portal la asaltaron, cayendo sobre ella por sorpresa.

Lewis la sujetó por detrás con un brazo, mientras con la otra mano le tapaba la boca, para que no pudiera gritar. Kuter, por su parte, extrajo una navaja de resorte y se la puso en el cuello a la joven, diciendo:

—Tranquilízate, rubia, o te hago un feo tajo en el gaznate.

Stella, que había empezado a forcejear con Lewis, se quedó muy quieta al ver la navaja tan cerca de su cuello.

—Eso está mejor, preciosa —sonrió Kuter—. Ahora, vendrás con nosotros sin ofrecer la menor resistencia. Si intentas algo, pasarás a mejor vida, te lo advierto.

Stella continuó quieta pues creía a los tipos muy capaces de cumplir su amenaza. De ahí que se sintiese aterrorizada.

Lewis le quitó la mano de la boca y la agarró del brazo izquierdo, con mucha fuerza.

Kuter la cogió del otro brazo y le puso la navaja en el costado, indicando:

—En marcha, guapa. Y no olvides lo que te he dicho.

La novia de Jimmy Stamp dejó que los matones la sacaran del

portal y la metieran en el «Buick» marrón. Kuter se sentó a su lado, en la parte de atrás, y Lewis lo hizo frente al volante, poniendo rápidamente el motor en funcionamiento.

El vehículo arrancó y ganó velocidad.

Stella miró la navaja de Kuter, pegada literalmente a su costado derecho. Atemorizada, alzó los ojos y miró al matón.

—¿Qué es lo que pretenden?

—Queremos que el Aquatic Club gane la competición —respondió Kuter.

—Por eso provocaron a Jimmy Stamp, ¿eh?

—Sí, nos habían encargado darle una paliza, pero la cosa no salió demasiado bien. Por eso te hemos raptado. Si Stamp quiere volver a verte con vida, tendrá que dejar que Mark Bixby le supere en todas las pruebas en las que ambos participen. Ese será el precio de tu libertad, preciosa.

—Lo de la falsa amenaza de bomba fue idea suya, ¿verdad?

—Sí, nosotros efectuamos la llamada. Había que interrumpir la competición, antes de que se disputara la prueba de relevos. Tras las dos derrotas sufridas, la moral de Mark Bixby estaba muy baja, y el Sport Club tenía muchas posibilidades de ganar la prueba. Se hubiera anotado su tercera victoria, contra solo una del Aquatic. Demasiada ventaja, de cara al triunfo final en la competición. Con Jimmy Stamp nadando a medio gas, será distinto. El Aquatic Club no tendrá problemas para ganar la competición.

—El Aquatic Club la ganará de todos modos, no era necesario secuestrarme.

—¿Por qué dices eso, rubia?

—El golpe que tiene Jimmy en las costillas es muy fuerte. Le impedirá nadar con normalidad.

Kuter sonrió.

—La verdad es que nosotros pensábamos lo mismo, pero el jefe no quiere correr riesgos. Lo de secuestrarte fue idea suya.

—¿Quién es su jefe?

—Es mejor que no lo sepas, guapa. Si lo averiguaras, no podríamos dejarte en libertad. Tendríamos que matarte, y no nos gustaría. Eres tan bonita, y estás tan bien de formas... —el matón intentó acariciarle las piernas.

Stella le soltó un zarpazo.

—¡Las manos quietas!

Kuter presionó ligeramente con la punta de la navaja en el costado de la muchacha, arrancándole un grito.

—¡Me ha pinchado, bestia!

—Ha sido solo una pequeña demostración de lo que te pasará si no aplacas tu genio, rubia. Estás en nuestras manos, y debes someterte a nuestros caprichos. Si nos apetece tocarte las piernas, las tetas, o el culo, te lo tocaremos, y tú no dirás ni pío. ¿Entendido?

—¡Que se cree usted eso! ¡No permitiré que abusen de mí, y al primero que intente meterme mano le saco los ojos! ¡Y no crea que me detendrá porque me esté pinchando con su navaja! ¡Tendrá que clavármela hasta el mango para frenarme!

—¡Dale una lección! —dijo Lewis.

—Con mucho gusto —masculló Kuter, y le soltó una bofetada a la novia de Stamp, tan violenta, que la tiró sobre el asiento.

Stella Horton dio un grito.

—¡Cobarde! ¡Canalla! ¡Marica!

—De eso último nada —sonrió Kuter, y metió velozmente su mano bajo la corta falda de la muchacha, buscando su intimidad.

Stella chilló y le devolvió la bofetada al matón. —¡Cerdo! ¡Puerco! ¡Hijo de…!

La muchacha no pudo completar el último insulto, porque Kuter, furioso por la bofetada, le dio un puñetazo en el mentón y le hizo perder el conocimiento.

—¡Bravo, Kuter! ¡Ahora ya puedes tocarle lo que quieras! —dijo Lewis, y se echó a reír.

* * *

Jimmy Stamp se despertó al oír sonar el teléfono.

Lo tenía sobre la mesilla de noche, así que no tuvo más que alargar el brazo y tomar el auricular, que se llevó al oído.

—¿Diga?

—¿Jimmy Stamp…?

—Sí.

—Hablas con uno de los hombres que pelearon contigo en el parque.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que el Aquatic Club gane la competición.

—Difícil lo veo.

—Lo verás más fácil cuando te comunique que tenemos en nuestro poder a Stella Horton.

Un ramalazo de frío recorrió el atlético cuerpo del campeón del Sport Club.

—¿Qué tienen a…? —musitó.

—Sí, hemos secuestrado a tu preciosa novia, y la tenemos en lugar seguro. Que la dejemos en libertad mañana por la noche, o que le demos el pasaporte, depende de ti. Sabes a qué clase de pasaporte me refiero, ¿verdad?

Jimmy, tras unos segundos de silencio, preguntó con voz ronca:

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Dejarte vencer por Mark Bixby en las pruebas que restan por disputar. El nadador apretó los puños con rabia.

—¡Cobardes…! —masculló.

Kuter desgranó una risita burlona a través del hilo telefónico.

—¿A que ahora ya no ves tan difícil que el Aquatic Club gane la competición…?

—Me dejaré vencer por Mark Bixby, pero si le hacéis algún daño a Stella, juro que…

—Tranquilo, Stamp. No queremos causarle daño, solo deseamos que el Aquatic Club derrote al Sport. Encárgate de ello, y mañana por la noche volverás a tener en tus brazos a tu novia, sana y salva —prometió Kuter, y cortó la comunicación.

CAPÍTULO X

Mark Bixby no vivía con su padre en la hermosa casa de este, sino solo, en un moderno apartamento. Al igual que Jimmy Stamp, se había acostado tras el almuerzo, para descansar y reponer fuerzas con vistas a la dura jornada del día siguiente.

Seguía muy preocupado por lo que pudiera suceder en las pruebas que aún faltaban por disputarse, y ello le impedía hacer una siesta tranquila y normal. No podía dejar de pensar en Jimmy Stamp y en su espléndida forma actual, que le hacía prácticamente invencible.

De pronto, los pensamientos del campeón del Aquatic Club se vieron interrumpidos por el timbre del apartamento, que se puso a sonar con insistencia.

Mark Bixby rezongó una imprecación, pues le contrariaba mucho que le molestasen durante la siesta. Ni siquiera se lo perdonaba a su novia, aunque el nadador no pensaba que fuera ella. Habían quedado en verse mucho más tarde, y con el humor que tenía él, no creía que Connie se atreviese a presentarse en su apartamento dos horas largas antes de su cita.

A regañadientes, Mark se levantó de la cama, se enfundó la bata, y salió de su dormitorio, con los pies descalzos. Como el timbre seguía sonando machaconamente, el nadador no pudo contenerse y rugió:

—¡Ya voy, maldita sea! Alcanzó la puerta y abrió.

Se quedó de una pieza al ver a Jimmy Stamp. Un Jimmy Stamp terriblemente furioso, a juzgar por su expresión.

Por su expresión… y por sus hechos, pues sin decir esta boca es mía, soltó el puño derecho y se lo estrelló en el mentón al campeón del Aquatic Club.

Mark Bixby, que no se esperaba el golpe, reculó de mala manera y acabó tendido en el suelo, patas arriba.

El campeón del Sport Club penetró en el apartamento, cerró de

un portazo, y miró duramente a su rival.

Mark Bixby se llevó la mano a la mandíbula y exclamó:

—¿Qué mosca te ha picado, Stamp...?

—¿Dónde está Stella Horton?

—¿Qué?

—Pregunto que dónde está mi novia, Bixby.

—¿Y cómo diablos voy a saberlo yo...? ¡Ni siquiera sé dónde está la mía!

—Stella ha sido secuestrada. Mark Bixby dio un respingo.

—¿Secuestrada...?

—Sí, esta misma tarde. Fueron dos tipos con aspecto de matones. Los mismos que me provocaron a mí en el parque. Los mismos que telefonearon al Sport Club, diciendo que iba a estallar una poderosa bomba de relojería a las doce en punto. Lo hicieron para interrumpir la competición, en vista de que las cosa no rodaban bien para el Aquatic.

Mark parpadeó.

—¿Cómo sabes que fue por ese motivo...? ¿Lo confesaron ellos?

—No, pero sí confesaron que desean que el Aquatic Club gane la competición. Por eso me provocaron en el parque. Querían darme una paliza, pero les falló el plan. Su segundo plan, fue secuestrar a Stella. La tiene en su poder, y amenazan con matarla si mañana no me dejo vencer por ti en todas las pruebas que ambos disputemos.

Mark Bixby respingó.

—¿Dejarte vencer por mí...?

—Sí, eso es lo que los tipos exigen a cambio de la libertad de Stella. El campeón del Aquatic Club se tocó nuevamente la barbilla.

—Ahora comprendo por qué me sacudiste... Piensas que tengo algo que ver con esos tipos, ¿verdad?

—Estoy seguro.

—Pues te equivocas, Stamp. Me encantaría vencerte mañana en todas las pruebas, pero no así, sabiendo que tú no te emplearás a fondo. No supondría nnguna satisfacción para mí, me sentiría avergonzado.

—Palabras.

—No me crees, ¿eh?

—Así es. Sé que tú conoces a los tipos, Bixby, aunque no descarto la posibilidad de que hayan actuado por su cuenta y sea

cierto que tú no estés al corriente de sus planes.

—Lo es, Stamp, te lo juro.

—Creo que eres sincero.

—Te lo demostraré.

—¿Cómo?

—Ayudándote a encontrar a los secuestradores de Stella. Si es cierto que los conozco, no será difícil. Descríbemelos, Stamp —pidió el campeón del Aquatic Club, incorporándose.

Jimmy le describió a los matones. Mark palideció perceptiblemente.

—No sigas, Stamp —rogó, en tono quedo.

—¿Los conoces, Bixby?

—Creo que sí.

—¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman?

—Se llaman Kuter y Lewis, y son... los guardaespaldas de mi padre.

* * *

Jimmy Stamp endureció los músculos faciales.

—Conque los guardaespaldas de tu padre, ¿eh? —masculló.

—Sí, los has descrito perfectamente —asintió Mark Bixby, avergonzado.

—Entonces, fue tu padre quien lo planeó todo.

—Eso parece. Siempre se sintió orgulloso de mí, de mi forma de nadar, de mis triunfos...

Las dos derrotas de esta mañana, debieron sentarle como un tiro, y decidió dejarme sin mi más peligroso rival.

—¿Sabes lo que es tu padre, Bixby?

—No lo digas, o me veré obligado a sacudirte.

—¿Apruebas lo que hizo?

—No, claro que no. Sé que su comportamiento es incalificable, pero no puedo permitir que lo insultes. Es mi padre, Stamp. Y estoy seguro de que tú tampoco tolerarías que insultaran al tuyo, si viviera, aunque hubiera hecho cosas muy feas.

—Lo siento, Bixby, pero tengo que avisar a la policía.

—No, eso no, Stamp. Rescataremos a Stella sin que la policía intervenga para nada. No quiero que mi padre vaya a la cárcel.

Puede que se lo merezca, pero no seré yo, su propio hijo, quien lo meta entre rejas.

—Pero…

Mark cogió por los hombros a Jimmy.

—Te he hecho un gran favor revelándote quiénes son los secuestradores de tu novia, Stamp. Y voy a hacerte otro, ayudándote a liberarla. Hazme tú un gran favor a mí, y no denuncies a mí padre a la policía.

Jimmy vaciló.

—Dos favores por uno, Stamp —insistió Mark.

El nadador del Sport Club dio finalmente una cabezada de asentimiento.

—Está bien, Bixby. No denunciaré a tu padre. Pero solo si Stella no ha sufrido ningún daño. Si Kuter y Lewis se lo han hecho…

—Confío en que no, aunque reconozco que son un par de brutos. Si le han hecho algo, habrá sido por propia iniciativa, no porque mi padre se lo haya ordenado.

Jimmy apretó los puños.

—Si la han maltratado o han abusado de ella, poco o mucho, los haré pedazos.

—Y yo te ayudaré con sumo gusto, Stamp. No puedo pegarle a mí padre, pero a ellos…

—Corre a vestirte, Bixby. Tenemos que rescatar a Stella cuanto antes.

—Sí, no debemos perder un solo segundo más.

CAPÍTULO XI

Por unas u otras razones, Gopher Bixby no había podido fumarse, con absoluta tranquilidad, uno de sus magníficos habanos en todo el día. Había encendido varios, pero todos acabó mordiéndolos, hasta destrozarlos por completo.

Ahora, por fin, parecía que podía fumarse uno de sus puros tranquilamente desde el extremo hasta la colilla, pues no podía sentirse más satisfecho.

Rich Kuter y Andy Lewis acababan de telefonearle, comunicándole que tenían a Stella Horton en su poder, que habían llamado a Jimmy Stamp, y que este había accedido a dejarse vencer por Mark Bixby en las pruebas que ambos tenían que disputar al día siguiente.

Tan gratas noticias merecían celebrarse fumándose un excelente cigarro, y Gopher Bixby ya se lo había puesto entre los dientes. Le prendió fuego sin ninguna prisa, recreándose en la acción como si se tratara de un rito, y luego soltó una gran bocanada de humo blanquecino, que se elevó lentamente hacia el techo del despacho.

Desgraciadamente para él, no pudo darle más que unas cuantas chupadas al carísimo puro, porque la puerta se abrió de pronto y su hijo Mark entró en el despacho, acompañado de Jimmy Stamp.

Si lo primero ya resultaba sorprendente, pues Mark debía hallarse en su apartamento, echando la siesta y recuperando las energías gastadas en las pruebas de la mañana, lo segundo dejó a Gopher Bixby absolutamente estupefacto.

Tan grande fue la sorpresa que le causó el ver entrar en su despacho al campeón del Sport Club, que la boca se le abrió de par en par y el habano le cayó al suelo. Mark miró a su padre con dureza y preguntó:

—¿Dónde está Stella Horton?

Gopher intentó hacerse el sueco.

—No sé de qué me hablas, hijo.

—Es inútil que trates de disimular, padre. Sabemos que Kuter y Lewis tienen a la muchacha, que la secuestraron cumpliendo órdenes tuyas, para obligar a Stamp a dejarse vencer por mí en las pruebas de mañana.

Gopher palideció.

Quiso decir algo, pero no encontró la manera de negar la acusación de su hijo. Mark exigió:

—Dime dónde llevaron tus guardaespaldas a la novia de Stamp. Tenemos que rescatarla, antes de que Kuter y Lewis cometan alguna barbaridad con ella. Y no te preocupes por la policía. Stamp quería denunciarte, pero yo le supliqué que no lo hiciera y accedió a complacerme. Aunque todo depende de que no le pase nada a Stella Horton, así que dinos enseguida dónde la tienen.

Gopher Bixby no tuvo más remedio que confesar:

—En el almacén de la calle Sutton.

En efecto, Stella Horton se encontraba en el almacén que Gopher Bixby poseía en la calle Sutton. Era uno de los varios locales que Gopher tenía en la ciudad, para depositar mercancías.

Al recobrar el conocimiento, la muchacha se encontró atada a una silla, en una habitación pequeña y sucia, iluminada por una bombilla llena de polvo y de lo que dejan las moscas, cuando permanecen un rato paradas en un sitio.

Rich Kuter y Andy Lewis estaban sentados en otro par de sillas, frente a la novia de Jimmy Stamp, a la que observaban fijamente.

—Por fin te has despertado, preciosa —dijo Kuter—. No sé por qué has tardado tanto en abrir los ojos, no te di muy fuerte —añadió cínicamente.

—¡Me atizó un tremendo puñetazo, animal! —replicó Stella, sin poderse contener.

—Si no te hubieras mostrado tan arisca conmigo… Yo solo quería acariciarte un poco las piernas. Jimmy Stamp te las acarició en el parque, y los pechos también.

—¡Jimmy es mi novio, y tiene derecho!

—Nosotros no lo tenemos, pero nos lo vamos a tomar —dijo Lewis, levantándose de la silla.

Stella Horton sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Adivinaba que los matones iban a cometer toda clase de abusos con su persona, y ella no podría hacer nada por evitarlo, estando

atada a la silla. Se hallaba totalmente indefensa, a merced completamente de los tipos.

La muchacha se agitó nerviosamente en la silla y chilló:

—¡No se me acerque, cerdo! Lewis recordó:

—Me pusiste un ojo a la funerala, me pateaste las espinillas, me mordiste la mano, me tiraste del pelo... Tengo que cobrarme todo eso, gatita. Además, mi compañero ya te lo toqueteó todo en el coche, mientras estabas desvanecida. Ahora me toca a mí, rubia. Stella enrojeció de cólera al oír que el otro matón la había manoseado a placer, aprovechándose de su estado de inconsciencia. Y debía ser cierto, pues tenía un par de botones de la blusa desabrochados y notaba que sus braguitas no estaban ajustadas.

—¡Pareja de canallas! ¡Miserables! ¡Ratas asquerosas! ¡Sucios reptiles! Los insultos de la joven hicieron reír a los matones.

—¡Nos llama de todo! —dijo Kuter.

—Es lo único que puede hacer, insultamos —repuso Lewis, acercándose a la novia de Stamp.

Lo hizo por un lado, porque la muchacha no tenía las piernas atadas, y podía atizarle algún puntapié. Después, se arrodilló junto a ella y le puso la mano sobre el muslo derecho.

—¡No me toque, repugnante sanguijuela! —chilló Stella.

—Qué piel tan suave y tan sedosa... —murmuró Lewis, deslizando su mano por el muslo femenino.

Stella se agitó con desesperación.

—¡Retire su puerca mano o le tapo el ojo que le queda sano de un salivazo! —amenazó.

A Lewis no le gustaron las palabras de la muchacha y le dio un salvaje apretón en el muslo, arrancándole un chillido de dolor.

—No me gusta que me amenacen, rubia.

—¡Toma, so bestia! —rugió Stella, y le soltó el salivazo.

Lo lanzó tan bien como los dardos, colocándolo justo donde ella quería: en el ojo derecho del matón.

Lewis lo cerró en el acto y se llevó la mano allí.

—¡Maldita! —bramó, sin poder ver por ninguno de sus dos ojos, por el momento.

—¡Le advertí que lo haría, si no retiraba su mano! Kuter se estaba riendo en su silla.

—¡La rubia te ha dejado sin faros, compañero! —dijo, burlón.

Lewis, que se estaba limpiando el ojo, mugió:

—¡Y yo la voy a dejar a ella sin bragas! Stella se estremeció al oír aquello.

—¡No lo intente! —gritó.

—¿Qué no…? ¡Ahora verás!

Stella chilló con todas sus fuerzas al ver que el matón le metía las dos manos bajo la falda, para arrancarle la prenda íntima.

—¡No…!

Justo en el instante en que Lewis se disponía a tirar de la prenda, la puerta de la pequeña habitación se abrió de golpe y Jimmy Stamp irrumpió en ella, seguido de Mark Bixby.

* * *

Rich Kuter y Andy Lewis quedaron paralizados por la sorpresa. Tampoco Stella Horton creía lo que sus ojos estaban viendo. Pensaba que era fruto de su imaginación.

De su desesperación y de su angustia, más bien. A pesar de ello, gritó:

—¡Jimmy!

Stamp ya estaba saltando sobre Lewis, rugiendo:

—¡Déjala en paz, hijo de perra!

Kuter se levantó de su silla, pero Mark Bixby se arrojó sobre él y lo derribó.

Lewis quiso golpear a Stamp, pero este disparó el puño primero y se lo incrustó en la boca, partiéndole ambos labios y aflojándole un par de dientes.

El matón chilló como una rata. Como lo que era.

Kuter le imitó, porque era otra rata, a la que Mark Bixby estaba dando su merecido. El campeón del Aquatic Club pegaba duro.

Y tenía muchas ganas de pegar.

Pero, para ganas, las del campeón del Sport.

Sus puños eran dos martillos, que habían tomado como yunque la cara de Andy Lewis. El matón no sabía cómo evitar la lluvia de golpes.

Jimmy Stamp era una furia desatada, y no había manera de frenarle.

Tampoco Rich Kuter sabía cómo frenar a Mark Bixby, quien

descargaba sus puños sobre el rostro del matón como si fueran dos mazas mecánicas.

Kuter, además, no comprendía por qué el hijo de Gopher Bixby ayudaba a Jimmy Stamp a rescatar a Stella Horton.

Y perdió el sentido sin averiguarlo.

También Andy Lewis perdió el conocimiento.

Jimmy Stamp y Mark Bixby se incorporaron, jadeantes.

—¿Estás bien, Bixby?

—Sí, Stamp. ¿Y tú…?

—Jamás le había sacudido a nadie con tantas ganas.

—Lo mismo digo —sonrió Mark. Stamp acarició el rostro de su novia.

—¿Te han maltratado, Stella?

—Un poco.

—¿Han abusado de ti?

—Tranquilízate, no me han violado. Solo he tenido que soportar algunos toqueteos.

—¡Cerdos! —barbotó Stamp, y le dio una patada a Lewis en las costillas. Bixby no pudo reprimirse tampoco, y pateó el costado de Kuter.

—¡Bichos asquerosos!

Stamp procedió a desatar a su novia.

Stella se puso en pie y se echó en sus brazos.

—¡Oh, Jimmy, qué miedo he pasado!

El nadador la estrechó cariñosamente.

—Cálmate, preciosa. La pesadilla ha terminado. Estos canallas no volverán a molestarte. Ni a mí tampoco.

Stella miró al campeón del Aquatic Club.

—¿Y Mark Bixby…?

Jimmy miró también a su rival y sonrió.

—Es un gran tipo, Stella. Sin su ayuda, jamás hubiera dado contigo.

—¿Estaba enterado de mi secuestro…?

—No, él no sabía nada. Pero conocía a los tipos, y en cuanto se los describí, supo de quiénes se trataba.

—Dile a tu novia la verdad, Stamp. No me importa. Siempre que lo guarde en secreto, claro —sonrió ligeramente Mark.

—¿De qué verdad habla, Jimmy? —preguntó Stella.

—Su padre lo planeó todo —reveló Stamp.

—¿Qué…? —exclamó la muchacha, dilatando los ojos. Jimmy se lo explicó en pocas palabras.

También le explicó por qué no le había denunciado a la policía.

—Lo comprendes, ¿verdad?

—Sí, pero…

—El padre de Mark no intentará nada más, no temas.

—Desde luego que no —aseguró Bixby—. Podéis estar tranquilos. Ahora ya sabe que yo no quiero ganar así, que desapruebo, censuro, y me avergüenzo de sus métodos. No volverá a emplearlos nunca más.

Stella esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias por haber ayudado a Jimmy a rescatarme, Mark.

—Tenía la obligación de hacerlo, Stella —repuso Bixby.

—Creo que debemos irnos, Mark —sugirió Stamp—. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió Bixby.

CAPÍTULO XI

La competición iba a reanudarse.

Afortunadamente, el incidente del día anterior apenas había restado público, y la piscina cubierta del Sport Club volvía a estar prácticamente al completo.

Los espectadores, naturalmente, no habían olvidado la falsa amenaza de bomba que les obligó a abandonar precipitadamente el recinto deportivo, pero se habían convencido de que solo se trataba de una estúpida broma y habían acudido sin miedo al Sport Club, ansioso por presenciar el desarrollo de las cinco pruebas que faltaban por disputarse, y que prometían ser muy emocionantes. Especialmente, las pruebas en las que intervenían Mark Bixby y Jimmy Stamp, las dos grandes figuras de la competición.

Y como ambos campeones iban a participar en todas ellas, exceptuando los 1.500 metros libres, el interés de los aficionados no podía ser mayor.

Gopher Bixby se hallaba presente, pero no así Rich Kuter y Andy Lewis, cuyos rostros tardarían algunos días en recobrar su aspecto normal. De todos modos, aunque el par de matones hubiesen estado en condiciones de acudir al Sport Club, Gopher no los habría llevado consigo, por razones obvias.

El propio Gopher había estado a punto de no asistir, porque se sentía terriblemente avergonzado, pero su hijo le convenció de que debía acudir al Sport Club, asegurándole que Jimmy Stamp había olvidado lo sucedido.

Connie Nadel también se hallaba presente, claro. Permanecía de pie.

Y no porque quisiera verlo mejor, sino porque no podía sentarse.

Ambas posaderas le seguían doliendo por culpa del par de dardos que le lanzara Stella Horton, tomando su trasero como diana y demostrando su magnífica puntería.

La novia de Stamp, por su parte, lucía un moretón en la barbilla,

consecuencia del puñetazo que le asestara Rich Kuter. El muslo derecho también lo tenía marcado, por culpa del salvaje apretón que le diera Andy Lewis, cuando ella lo amenazó con taparle el ojo sano de un salivazo.

Los nadadores estaban ya dispuestos para disputar la prueba de los 4 X 100 libres, que se iba a desarrollar en las calles centrales.

El público guardó silencio, para que los nadadores pudieran concentrarse al máximo y oyeran perfectamente el pitido del juez de la competición.

El juez dio la salida, y los dos primeros nadadores se arrojaron al agua, siendo ligeramente mejor el lanzamiento del componente del equipo del Aquatic Club, que trató de aprovechar lo mejor posible esta pequeña ventaja inicial, braceando con mucho vigor.

El nadador del equipo del Sport Club se empleó también a fondo, única manera de contrarrestar la ventaja que había tomado su rival.

—Tu compañero ha tenido una magnífica salida, Mark —comentó Jimmy Stamp.

—Sí, es cierto —sonrió Bixby—. Y espero que pueda conservar su ventaja. Incluso que la aumente, si ello es posible.

—No sé si lo conseguirá. Mi compañero está atacando fuerte.

—Cuando tú y yo tomemos el último relevo, necesito llevarte un metro de ventaja como mínimo, para poder ganarte.

Stamp rio.

—No exageres, Mark.

—Es la verdad. Suponiendo que no acuses el golpe de las costillas, claro. El campeón del Sport Club hizo unos movimientos con los brazos.

—No lo acusaré, puedo bracear con normalidad.

—Lo celebro de veras.

—Gracias.

Los dos nadadores que iniciaran la prueba, estaban ya de regreso, acompañados por los gritos de aliento del público, que no había cesado de animarles.

El deseo de Mark Bixby se cumplió, pues su compañero de equipo no solo consiguió mantener la ventaja inicial, sino que incluso la había aumentado en medio metro.

El nadador que debía efectuar el primer relevo en el equipo del

Aquatic Club, se preparó para lanzarse al agua en cuanto su compañero tocase el dique de la piscina.

El primer relevo del equipo del Sport Club también se preparó, ligeramente nervioso por el metro de ventaja que el nadador del Aquatic le sacaba a su compañero.

Con esa importante ventaja, un metro aproximadamente, tomó el relevo el segundo nadador del equipo del Aquatic Club, entre el entusiasmo de sus seguidores.

Casi al momento, tomaba el relevo el segundo nadador del Sport, animado también por sus incondicionales.

El nadador del Aquatic Club luchó por aumentar la ventaja lograda por su compañero, pero el relevo del Sport era muy bueno y empezó a acortar la distancia.

Cuando emprendieron el regreso, la ventaja del nadador del Aquatic era de apenas medio metro, pero seguía perdiéndola paulatinamente, hasta el punto de que él y el nadador del Sport Club llegaron casi juntos al dique de salida.

El relevo, por tanto, fue tomado casi simultáneamente por los dos equipos, teniendo ambos nadadores una muy buena salida.

—Mi gozo en un pozo —rezongó Mark Bixby, que se había hecho muchas ilusiones con el metro de ventaja conseguido por el primer nadador de su equipo, y que el segundo nadador había perdido casi totalmente.

Jimmy Stamp sonrió.

—Un metro era mucha ventaja, Mark. No hubiera podido alcanzarte.

—Tú eres capaz de alcanzar a un tiburón. Stamp sonrió.

—A exagerado no hay quien te gane, Mark.

Por suerte para el campeón del Aquatic Club, su compañero de equipo estaba aumentando sensiblemente el palmo escaso de ventaja que recibiera al tomar el relevo.

Era ya más de medio metro lo que le sacaba al nadador del Sport.

¡Y seguía aumentando su ventaja!

Los dos nadadores cubrieron el largo de la piscina y emprendieron el regreso, con casi un metro de ventaja para el relevo del equipo del Aquatic Club.

El relevo del Sport Club intentó desesperadamente reducir las

distancias, consciente de que, si Mark Bixby se lanzaba al agua con aquella ventaja, a Jimmy Stamp le sería materialmente imposible alcanzar al campeón del Aquatic, por mucho que se esforzara.

El intento del nadador del Sport Club resultó totalmente infructuoso, y su rival continuó destacándose más y más.

Mark Bixby y Jimmy Stamp se prepararon para tomar el relevo.

El campeón del Aquatic Club lo tomó con casi metro y medio de ventaja, entre los gritos de júbilo de sus seguidores.

Jimmy Stamp se arrojó al agua, también.

La distancia que le separaba de Mark Bixby parecía insalvable, pero el bravo nadador iba a intentarlo con todas sus fuerzas.

* * *

El lanzamiento de Jimmy Stamp había sido algo portentoso, pues voló por el aire como un pájaro, antes de chocar contra el agua. Su fantástica proyección le permitió reducir la considerable ventaja que le llevaba Mark Bixby.

A continuación, el campeón del Sport comenzó a bracear con la fuerza de un titán, acompañando el frenético movimiento de sus extremidades superiores con un constante y riguroso batir de piernas, que convertía sus pies en un par de poderosas aletas.

El golpe de las costillas le molestaba, naturalmente, pero Jimmy Stamp se olvidó de él por completo y siguió nadando como un coloso. Parecía propulsado por un motor de fuera borda, y su cuerpo cortaba el agua como un cuchillo.

Apenas sacaba la cabeza del agua para llevar aire a sus pulmones. Jimmy Stamp se parecía más que nunca a un delfín.

Tamaño esfuerzo tenía, lógicamente, que dar sus frutos. Y ya había empezado a darlos.

El nadador del Sport Club estaba reduciendo distancias claramente, a pesar de que Mark Bixby también nadaba como un delfín.

El público vibraba en las gradas, presa de una emoción y un nerviosismo indescriptibles. De nuevo tenían oportunidad de presenciar el fantástico duelo que sostenían aquellos dos delfines, que más que surcar el agua de la piscina, parecían volar a ras de ella.

Huelga decir que Gopher Bixby había empezado a comerse el puro. Era su sino, últimamente.

De seguir las cosas así, tendría que comprar tabaco de mascar, en vez de habanos. La emoción de los espectadores seguía creciendo.

Mark Bixby continuaba disfrutando de una estimable ventaja, pero como la iba perdiendo por segundos, resultaba muy aventurado asegurar que llegaría el primero al dique de salida.

Jimmy Stamp amenazaba con alcanzar a su rival.

Faltaban unos quince metros de carrera, y la ventaja de Mark Bixby ya no era ni siquiera de medio metro.

Ambos nadadores seguían surcando el agua como auténticos delfines. Diez metros para la llegada.

Las distancias seguían reduciéndose.

Cinco metros para la llegada.

La ventaja, ahora, era de apenas un palmo. Pero aún se redujo más.

Tanto, que pareció que ambos nadadores llegaban al mismo tiempo a la meta.

Sin embargo, fue Mark Bixby el primero en tocar el dique de la piscina con su mano. El Aquatic Club, había ganado la prueba de relevos.

Por los pelos, pero la había ganado, consiguiendo empatar a dos victorias con el Sport Club.

CAPÍTULO XIII

La prueba más larga de la competición, los 1.500 libres, fue ganada también por el Aquatic Club, demostrando, como en los 400 libres, que sus fondistas eran ligeramente superiores a los del Sport.

Con este nuevo triunfo, el Aquatic pasó a superar al Sport Club por tres victorias a dos. Y restaban solamente tres pruebas. Apuntándose una nueva victoria más, el Aquatic no perdería la competición, pues, aunque el Sport ganase las otras dos pruebas, quedarían empatados a cuatro victorias.

Y quedar empatados, teniendo en cuenta la actual forma de Jimmy Stamp, era un éxito para el Aquatic Club. De ahí que se conformaran con el empate, que dejaría las espadas en alto hasta la siguiente confrontación, a celebrar en las instalaciones deportivas del Aquatic Club.

En teoría, la prueba en la que el Aquatic tenía más posibilidades de conseguir la victoria que necesitaban para no perder la competición, era la de los 4 X 100 estilos, pues las otras dos podía decirse que estaban ya ganadas por Jimmy Stamp.

Mark Bixby, en igualdad de condiciones, no podía vencer al campeón del Sport Club, y él era el primero en reconocerlo. De ahí que diese por perdidas las pruebas de los 200 mariposa y los 200 braza.

En cambio, la prueba de relevos... Mark Bixby confiaba en ella.

Si sus compañeros de equipo conseguían una ventaja tan importante como la que lograran en los 4 X 100 libres, él lucharía hasta el límite de sus fuerzas para no perderla y llegar el primero a la meta.

Jim Stamp era un coloso, pero si se lanzaba al agua con tanta desventaja...

En fin, habría que esperar hasta el último momento para saberlo, pues los 4 X 100 estilos era la prueba que cerraba la competición. Antes se tenían que disputar las pruebas de mariposa y

braza.

Los 200 metros mariposa sería la última prueba de la mañana, quedando los 200 metros braza y los 4 X 100 estilos para la tarde.

Jimmy Stamp se hallaba un tanto abrumado por la responsabilidad, pues era consciente de que el triunfo del Sport Club en la competición, dependía exclusivamente de él.

Tenía que vencer a Mark Bixby en los 200 mariposa y en los 200 braza, para que luego dependiera todo de la prueba de relevos, en la que, sin lugar a dudas, él tendría que realizar otro titánico esfuerzo para neutralizar la ventaja con que Mark Bixby tomaría el relevo.

Jimmy Stamp temía la prueba de los 200 mariposa, pues era la modalidad más difícil y en la que, sin duda, se resentiría más del golpe que tenía en las costillas, por el peculiar estilo de la mariposa.

Además, el dolor iba en aumento.

Se le había acentuado tras la prueba de relevos, como consecuencia del terrible esfuerzo realizado, y no remitía.

—¿Te preocupa algo, Jimmy? —le preguntó Mark Bixby, desde lo alto de su plataforma de lanzamiento...

—La mariposa no es mi fuerte, Mark.

—¿Lo dices para darme ánimos...?

—No, es la verdad.

—Me ganarás, estoy seguro.

—Yo no lo estoy tanto.

—Estás hecho un coloso, Jimmy. En la prueba de relevos me lancé con casi metro y medio de ventaja, y te gané solo por unos pocos centímetros. Como dije antes, tú eres capaz de alcanzar a un tiburón.

Stamp sonrió.

No hablaron más.

El juez de la competición había advertido a los nadadores que iba a dar la salida, y estos se concentraron al máximo, entre el silencio y la expectación del público.

Segundos después, el juez hacía sonar su silbato y los ocho nadadores se arrojaban espectacularmente al agua.

* * *

El lanzamiento de Jimmy Stamp había sido tan bueno como el de Mark Bixby, a pesar de que el bravo nadador del Sport Club sintió un terrible pinchazo en el pecho al estirar al máximo los brazos y tensar a tope sus costillas.

Fue un claro aviso de lo que la prueba de los 200 mariposa iba a ser para el pundonoroso nadador: un verdadero calvario. Elio, sin embargo, no pulverizó la moral de hierro de Jimmy Stamp. Si había que sufrir, sufriría, pero él lucharía como un jabato por ganar la prueba.

En los primeros cincuenta metros de carrera, Mark Bixby logró destacarse casi medio metro de su más peligroso rival. Esta ventaja, sin embargo, no pudo ser aumentada por el campeón del Aquatic Club en los siguientes cincuenta metros.

Ello se debió a que Jimmy Stamp acusaba menos el dolor de la contusión a medida que la prueba avanzaba, lo que le permitió rendir más.

El campeón del Sport Club empezó a reducir la ventaja que le llevaba Mark Bixby, quien, al ver que Jimmy Stamp se le acercaba peligrosamente, se esforzó al máximo por distanciarse de nuevo de su rival.

Los espectadores rugían de entusiasmo, al ver que Mark Bixby y Jimmy Stamp luchaban denodadamente por el triunfo.

Eran dos titanes.

Dos flechas que surcaban el agua, brincando de ella a cada momento de forma espectacular, para luego volver a caer, pero mucho más adelante, devorando metros a cada salto.

Faltaban unos veinte metros para la llegada, y ahora no existía ventaja para ninguno de los dos nadadores. Jimmy Stamp se había puesto a la altura de Mark Bixby, y este no conseguía despegarse, aunque tampoco permitía que el campeón del Sport Club le adelantase.

Diez metros para la llegada. Las cosas seguían igual.

Cinco metros para la llegada.

Mark Bixby y Jimmy Stamp continuaban pegados.

El nadador del Sport realizó un supremo esfuerzo por distanciarse de su rival, aunque solo fueran diez centímetros.

Mark Bixby vio que Jimmy Stamp se escapaba ligeramente, y también él realizó un desesperado esfuerzo por escaparse.

La llegada fue apretadísima.

Como ya lo fuera en la prueba de los 4 X 100 libres. Entonces, y por los pelos, llegó primero Mark Bixby.

Ahora, y también por los pelos, llegó primero Jimmy Stamp.

El Aquatic y el Sport Club quedaban empatados a tres victorias.

Gopher Bixby, al borde del infarto, tocó con el codo al espectador que tenía a su izquierda y preguntó:

—¿Sabe usted dónde venden puros de goma maciza? El espectador lo miró, perplejo.

—¿Puros de goma maciza, dice...?

—Sí, necesito uno, porque ahora me ha dado por morder los cigarros, en vez de fumármelos, y los destrozo todos. Me los como, vamos.

—A causa de los nervios, ¿eh?

—Sí.

—Entonces, le aconsejo que esta tarde se traiga un termo lleno de tila, porque la tensión no podrá ser mayor. Si lo hace, procuraré sentarme a su lado. Me invitará a una taza, ¿verdad?

—Seguro.

—Gracias, amigo.

Por la tarde, la piscina cubierta del Sport Club se llenó nuevamente de público, para presenciar las dos pruebas que restaban y saber cuál de los dos equipos ganaba la competición, o si se producía un empate a cuatro victorias.

Gopher Bixby acudió con un termo de litro bajo el brazo.

Los que le vieron pensaron que se traía café, pero era tila, porque no había encontrado puros de goma maciza. El espectador que le aconsejara lo de la tila le localizó, se sentó a su lado, y se frotó nerviosamente las manos.

—¿Qué, nos tomamos un trago de tila?

—Al instante, amigo —sonrió Gopher, abriendo ya el termo.

Algunos minutos después, daba comienzo la prueba de los 200 braza.

Resultó muy emocionante, también, aunque Jimmy Stamp logró imponerse a Mark Bixby con más claridad que en los 200 mariposa, pues el descanso del mediodía le había sentado muy bien, y ahora le dolía menos el golpe de las costillas.

Con su cuarta victoria, el Sport Club ya no podía perder la

competición. Pero si los del Aquatic se conformaban con el empate, ellos no. Los del Sport querían ganar la competición, y para ello era necesario vencer en los 4 X 100 estilos.

¿Lo conseguirían...?

Pronto se sabría, pues la prueba de relevos que cerraba la competición iba a dar comienzo de un momento a otro.

Gopher Bixby se atizó un nuevo trago de tila y luego le pasó el termo al espectador que compartía su nerviosismo y su tila.

—Empine el codo otra vez, amigo —bromeó.

—Gracias, compañero —sonrió el tipo, y se atizó un latigazo de tila. Instantes después, comenzaba la prueba de relevos.

En la primera modalidad, la de espalda, el nadador del Aquatic Club consiguió una ligera ventaja sobre el nadador del Sport.

El relevo del Aquatic Club atacó con brío el estilo mariposa, pero el relevo del Sport nadó también con tremendo vigor, intentando neutralizar la ventaja de su rival. No lo consiguió, pero al menos evitó que dicha ventaja aumentara.

El segundo relevo del Aquatic sí logró, con la modalidad de braza, que la ventaja de su equipo creciera, a pesar de los esfuerzos del relevo del Sport Club.

Con todo, Mark Bixby tomó el último relevo con poco más de medio metro de ventaja sobre Jimmy Stamp. Ambos iban a rematar la prueba con el estilo libre.

En teoría, la ventaja del campeón del Aquatic parecía insuficiente. Y, en la práctica, también lo fue.

Mark Bixby hizo cuanto pudo por no dejarse rebasar por Jimmy Stamp, pero no hubo forma humana de impedirlo. Jimmy Stamp ganó la prueba, y su equipo consiguió el triunfo en la competición por cinco victorias a tres.

EPILOGO

El éxito del Sport Club fue festejado por todo lo alto por sus seguidores, que no se cansaban de aplaudir y vitorear a Jimmy Stamp, verdadero artífice del triunfo de su equipo.

Mark Bixby felicitó deportivamente a su rival.

—Enhorabuena, Jimmy.

—Gracias, Mark.

—A partir de mañana voy a entrenarme a fondo, para ver si puedo vencerte en la próxima competición. En esta, me has dado sopas con honda en todas las pruebas.

—Yo no diría tanto, hombre.

—No hace falta que lo digas tú, porque ya lo he dicho yo. Un abrazo, campeón.

Jimmy Stamp y Mark Bixby se dieron un fuerte y sincero abrazo, mientras Gopher Bixby abandonaba cabizbajo el recinto deportivo con el termo bajo el brazo, ahora vacío de tila, pues entre él y el espectador se habían bebido hasta la última gota.

En el fondo, sin embargo, Gopher Bixby se sentía orgulloso de su hijo, a pesar de la derrota del Aquatic Club. Mark era un deportista íntegro, noble, honesto, además de un extraordinario nadador.

Gopher se decía que su hijo era mejor persona que él. Lo había demostrado, ayudando a Jimmy Stamp a rescatar a su novia. Le había dado toda una lección de deportividad, y Gopher jamás lo olvidaría.

Aquella misma noche, en el apartamento de Jimmy Stamp, este y Stella Horton hicieron el amor. En primer lugar, porque ambos lo deseaban fervientemente. Y, en segundo lugar, porque era la mejor manera de celebrar el éxito del Sport Club.

El nadador estaba cansado, lógicamente, pero cumplió como los buenos.

Si cumpliría bien que, tras la apasionada unión íntima, Stella lo miró a los ojos, le sonrió con graciosa malicia, y dijo:

—Bravo, campeón.

Jimmy Stamp se echó a reír y besó los gordezuelos labios de Stella Horton, la mujer que había elegido como compañera para toda su vida, pues sabía que no existía otra mejor.

F I N



EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN